

La Constitución del 40. Antesala de la revolución socialista

Armando Hart

Muchas gracias. Precisamente planteé llamarle antesala de la revolución socialista, o en la antesala, porque no quiero hablar solo de la Constitución del 40, sino de su significado en el contexto nacional cubano.

Pero, antes yo quisiera decir dos palabras en relación con Faustino Pérez como símbolo que hemos escogido para estudiar esa época. Faustino Pérez se convierte en un símbolo, entre otras muchas razones, por la integridad de su carácter. Me parece que esta virtud tenemos que destacarla, y nos hace falta promoverla en las nuevas generaciones, porque es un elemento sustantivo de eso que llaman valores, y que yo muchas veces no entiendo, cuando se habla de valores, y es la integridad del carácter, la virtud como ejemplo, su capacidad de relaciones humanas y sociales que él siguió siempre, por su facultad de relacionarse con los demás; y este es un aspecto sustantivo, hoy que se habla de cultura general integral, porque la cultura general integral empieza por el amor a la justicia, y en Faustino está presidiendo esa integridad del carácter.

La Constitución del 40 como antesala, o en la antesala de la revolución socialista. Hay tres o cuatro aspectos de la Constitución del 40 que merecen destacarse. El primero y más concreto es que la Constitución del 40 abolió el latifundio. Lo que pasa es que, como se sabe, nunca eso se aplicó en la Constitución del 40 porque el sistema político reinante, vigente, no lo permitía, y la abolición

del latifundio es el elemento clave de la revolución socialista en Cuba. Porque fue precisamente la extinción del latifundio lo que originó el choque con el imperialismo, porque, como ustedes conocen, tenían el monopolio de las grandes tierras en manos norteamericanas. Así que ese es un elemento clave.

La Constitución del 40 llegó a definir la propiedad en su función social, reconoce la propiedad en su función social. Y otro elemento clave es que también promovió y habló de la enseñanza, la educación y otros valores. Es que la Constitución del 40, cuyas actas me leí de muy niño y lamentablemente no he encontrado dónde están —porque mi padre sí las tenía; me leí aquello cuando tenía once o doce años, a raíz de aquello, y ahí están las actas y los discursos de Chibás, de Blas, de Marinello, de Ferrara, de montones de gente, interesantísimo— en esas actas están las páginas esenciales para el historiador que quiera estudiar la Historia de Cuba de los años que van de 1933 a 1959. Creo que no hay documento más precioso que ese para estudiar la etapa previa al golpe de Estado, y del golpe de Estado, así que si están en Granma me voy a llegar por Granma, porque estaba buscándolas, porque mi padre sí las tenía y después las hemos perdido, y yo me acuerdo que yo me las leí cuando tenía doce años.

Aquellas polémicas. Porque en esa Constitución del 40 estuvieron presentes fuerzas revolucionarias, comunistas, antimperialistas; allí estuvieron los comunistas y allí estuvieron también todos los antimperialistas que venían de la procedencia de Guiteras y de la Revolución del 30. Propiamente la Constitución del 40 hay que verla como la culminación de la Revolución del 30. Hasta ahí llegó la Revolución del 30; no llegó a más. Y como decía Raúl Roa, la Revolución del 30 se fue a bolina. Llegó hasta ahí. Y fue un documento que merece la pena que este Club martiano Faustino Pérez promueva investigaciones de Derecho Comparado. Quizás podamos poner un concurso de Derecho Comparado en relación con la Constitución del 40 y los textos similares que se hacían en el mundo en ese entonces. Se verá que es una de las constituciones más avanzadas de su época. Es decir, que este es un elemento clave.

¿Qué tenía de problema la Constitución del 40? Bueno, no sé si fue Roa o alguien dijo que había sido el equilibrio entre dos impotencias. La impotencia de la reacción de imponer sus criterios, sus principios, y la impotencia de la revolución de imponer los suyos. Fue un equilibrio entre dos impotencias. Lo que yo veo más grave de la Constitución del 40 es algo que se heredó y que se tenía, que es el sistema pluripartidista. Óigame, ¡que todavía en el mundo no se haya superado eso! Hay un tema aquí para el compañero Torres Cuevas. Yo tengo preparado un trabajo aquí que se los voy en parte a leer para que Torres-Cuevas después me lo rectifique, que se llama “La crisis del sistema de democracia representativa y del pluripartidismo”. Ese sistema fue el que falló en Cuba en los años 40 y 50. Porque con la Constitución del 40 podía y tenía que haberse hecho legalmente la reforma agraria. Fidel se refiere a esto en *La historia me absolverá*. No estoy hablando de cosas sencillamente expuestas aquí, sino que Fidel se refiere a esto en *La historia me absolverá*, y parte del análisis que hay que hacer de la Constitución del 40 es compararla con los pronunciamientos que hace Fidel en *La historia me absolverá*.

Y todos recordamos que fue la violación de la Constitución de 1940 la que originó la Revolución. Este es un hecho importantísimo para la Historia y la interpretación de la Historia de Cuba. Podía haberse hecho una revolución socialista por otras vías. Bueno, pero sería otra, no la nuestra. Sería en todo caso otra, especulativa. La que se hizo nació de una violación de la ley. Eso es importante. Y es que en Cuba hay una tradición jurídica muy poderosa que en este momento, y sobre todo hacia el futuro más lejano, debemos hacer prevalecer; porque quien violente la ley, cualesquiera que fueran los propósitos, nobles o no nobles que tenga, le abrirá camino al imperialismo en Cuba. Y la ley es la Constitución de la República, la Constitución Socialista.

Así que hay dos momentos en la Historia de Cuba —lo he dicho— en los cuales se violentó de manera flagrante la ley: la prórroga de poderes de Machado y el golpe de Estado de Batista. En otras ocasiones siempre se había violentado la ley, siempre es-

taban en el “manicheo” ese, pero así como cuestión formal y frontal, fueron estos dos momentos en la Historia de Cuba, y acabaron provocando una revolución social.

Y es que Cuba tiene una tradición jurídica —hice un artículo hace unos días en *Granma* sobre eso, a propósito del Día del Jurista— que tenemos que explicar al mundo. Porque se habla mucha tontería, mucha idiotéz contra Cuba con respecto al derecho. Y sin embargo, nosotros tenemos una tradición jurídica que viene de Guáimaro, la primera Constitución de la República de Cuba, la Asamblea de Guáimaro, 1869, en la cual inclusive el Padre de la Patria ustedes recuerdan que consideraba que era poco práctico que se hiciera una república en medio de la manigua, y tenía ciertas razones prácticas. Pero, sin embargo, se aceptó, y los mayores, importantes generales de la Guerra de Independencia la aceptaron y la asumieron. Inclusive Maceo y Máximo Gómez, teniendo contradicciones con la dirección de la República en Armas, sin embargo aceptaban la legalidad. Y después de eso, si ustedes analizan las polémicas, las discusiones entre Maceo, Martí y Gómez en los años ochenta y pico, mil ochocientos ochenta y pico, comprenderán que ahí está por medio la fundación del ejército, la fundación del gobierno, todo eso.

A esto Martí le encontró una solución, que es el Partido. ¡Miren qué cosa más curiosa!: Martí le encontró una solución, que es el Partido. Ahí nace una tradición, que es la tradición de la unidad nacional y de la ley y de una vanguardia. ¡Miren qué cosa más curiosa! Viene de la Historia de Cuba. Y de la continuidad histórica de cada proceso. Lo del Manifiesto de Montecristi e inicio de la Guerra de Independencia fue continuidad histórica de la Guerra del 68, y comienza así: “La revolución iniciada en Yara ha entrado en un nuevo período...”.

Así que continuidad, legalidad, vanguardia y unidad son elementos claves de Cuba. Sin esos elementos clave no hay posibilidad de continuidad de la Revolución. Eso se lo digo yo a quienes me preguntan fuera del país por el futuro de Cuba. Yo siempre suelo decir: ¿cuál es el futuro de Cuba? Primero, díganme cuál va a

ser el futuro del mundo. Porque el futuro de Cuba se relaciona con cómo va a ser el futuro del mundo. Cómo va a ser el mundo. Porque el mundo es el que está en crisis, no es Cuba. El mundo es el que está en crisis. El sistema burgués capitalista está en crisis y en crisis gravísima en el mundo. Y esto se refleja en las crisis del sistema de democracia representativa de que hablará aquí el compañero Torres Cuevas. Porque muchas veces nos acusan a nosotros de violar las normas de derecho, amparados en los principios del sistema pluripartidista. Y yo he dicho: fuera. Es que nosotros impugnamos el sistema pluripartidista. Y ustedes saben muy bien que nos rebelamos contra eso. Y que éramos radicales, y algunas gentes eran muy extremistas en cuanto a eso. Entonces, no nos pueden juzgar por lo que nosotros negamos; lo que podrán decir es si tenemos razón o no tenemos razón en negarlo. Y ahora mismo, en Costa Rica estoy planeando un encuentro en el que un grupo de juristas expliquen el sistema pluripartidista, el sistema que existe allí en ese país, y nosotros expliquemos el sistema cubano, que para nosotros es más democrático. Porque hay una crisis gravísima del sistema de democracia representativa en el mundo. Eso hay que decirlo. No digo que vaya a criticar a alguna gente en otros países que introduzcan buscar elecciones, hacer elecciones e ir a elecciones, porque eso depende de cuestiones prácticas, concretas, del momento. Pero sí digo que todos tienen que tener en cuenta la crisis del sistema pluripartidista, y eso sí estaba en la Constitución del 40 y no podía dejar de estar.

Así que esta es la tesis esencial que yo quiero plantear aquí. Y esta tesis se deriva de algo en que vengo insistiendo; orienta algo en que vengo insistiendo —y que lo trabajé en el artículo que publiqué en *Granma*—, que es la necesidad de encontrar las ideas básicas para un programa político internacional, nacional e internacional. El compañero Fidel ha planteado que las grandes convulsiones nos van a coger en el mundo, en los distintos países, sin que exista un programa político. Yo, por ejemplo, ahora que estuve en Costa Rica y que estuve en Ecuador, me doy cuenta que allí es gravísimo, porque no hay dirigentes ni programas, ni

de oposición ni de gobierno. Hay veces que yo digo jaraneando, pero digo: bueno, me siento feliz en Costa Rica porque no hay oposición ni gobierno. Y me siento feliz en Ecuador porque no hay oposición ni gobierno. Lo digo un poco irónicamente. No hay ni oposición ni gobierno porque no hay programa político. Y Cuba está en el deber de dar ideas para los programas políticos necesarios. Y estos programas surgen de la experiencia histórica de la época en que emergió al trabajo revolucionario el compañero Faustino Pérez.

Así que, en homenaje a Faustino Pérez, podemos decir que tenemos entonces tres grandes consignas: libertad política, independencia económica y justicia social. Y yo les dije a mis amigos argentinos que eso se me parecía bastante a lo del justicialismo, pero que nosotros le agregábamos una cosa que no se la agregó el justicialismo, que es vergüenza contra dinero y la lucha contra la corrupción. Que esos cuatro elementos —libertad económica, justicia política, independencia social y lucha contra la corrupción— me parece que son la experiencia histórica de esos años. A nosotros nos condujo al socialismo. Y yo creo que eso conduce al socialismo. Pero bueno, fuera de Cuba no digo que eso conduce al socialismo; que cada país decida adónde lo conduce. Pero todos tienen que defender la libertad política, la independencia económica, la justicia social y la lucha contra la corrupción, porque es la lucha contra la corrupción lo que está minando hoy al sistema mundial capitalista. Es la corrupción. Óigame, me quedé asombrado porque estos políticos venales y descarados se dan muchas veces más cuenta de esto que lo que nos damos a veces los revolucionarios. Porque me enteré en Ecuador que uno de los puntos de la reunión esa de la OEA era ver cómo enfrentaban la corrupción. Ustedes saben que los políticos venales y canallescos tienen instintos políticos y dicen cosas, y ven cómo enfrentar el tema de la corrupción.

Pero decía Marx que en el sistema capitalista no se podría distinguir qué era moral y qué era inmoral, pero que el Estado se pusiera del lado de lo moral o de lo inmoral ya es un paso de avan-

ce. Por ahí empieza la revolución que hay que hacer en el mundo. Porque ustedes saben que los grandes consorcios imperialistas se han caracterizado por su propia corrupción interna. La propia sociedad norteamericana de hoy está minada internamente por la corrupción, el latrocinio. Y cuando digo la corrupción digo las barbaries que están ocurriendo, como por ejemplo la violencia, las masacres, las torturas y todo aquello. Están en plena etapa de corrupción, como estaba Cuba en los años 50. Más que Cuba en los años 50. Porque en Cuba Batista se ocultaba para hacer torturas, no las publicaba, no las sacaba en película. Esta gente sacan torturas hasta en películas. Óigame, a Ventura y esa gente no se les hubiera ocurrido sacar una película de la tortura. No sé si alguien tiene algún elemento que decir. Pero aquella gente no, no, no; aquello era oculto, era gravísimo, tremendo. ¡Pero aquí esta gente! ¿Usted sabe lo que es aceptar que alguien esté haciendo una tortura y que le estén sacando una película? ¡Hasta qué grado de degeneración ha llegado el sistema burgués!

Hay una crisis profunda, compañeros, y comentábamos nosotros en estos días en que ha estado por aquí el compañero Pablo González Casanova, que él me decía que desde la época del Imperio Romano, de la caída del Imperio Romano de Occidente, no hay una crisis ética como la que hay hoy en día en el mundo. Y hay que buscar los caminos necesarios para enfrentar esa crisis universal. Incluso, me decía Pablo González Casanova, y es verdad, que el movimiento de solidaridad con Cuba debía plantearse la solidaridad con el mundo, y así es. Así yo también lo planteé en Costa Rica. La solidaridad con Cuba yo estoy planteando que sea solidaridad con el mundo, porque con quien hay que solidarizarse no es solamente con Cuba, sino con el mundo.

Y hay valores de la cultura occidental, de la historia de Occidente, que han entrado profundamente en crisis. Y por eso decía en el artículo que publiqué en *Granma*, “Cultura, ética, derecho y política solidaria” —se me ocurrió porque me acordé del eje del mal de que habló el señor Bush—: este es el eje del bien. La cultura, la ética, el derecho y la política solidaria.

Esta es una crisis universal, por lo menos en Occidente; no me introduzco en China, Vietnam, yo no sé. Pero es universal. Hay una falta absoluta de ética, un irrespeto completo a las normas jurídicas —ustedes ven cómo están destruyendo las Naciones Unidas y todo el sistema de relaciones internacionales—, y de la ética y el derecho, y una falta de política solidaria. Política solidaria que yo la resumo en superar el viejo apotegma de “divide y vencerás” y establecer el principio de “unir para vencer”. Esto en Cuba dio socialismo. Porque llevado consecuentemente, ¿qué cosa es el socialismo si no es estos valores? Y es bueno exaltar la historia de la Constitución del 40 para que se sepa que el derecho es muy importante, y cada día va a ser más importante en Cuba. Cada día va a ser más necesario en Cuba, lo estamos viendo.

Cuando se habla de corrupción por ahí y toda esa cosa, lo primero que yo me acuerdo es del derecho; lo primero es las normas de derecho. Como decía, es la única forma culta de ejercer el poder. O podemos decir: es la única forma culta de ejercer la violencia. El derecho es la única forma culta de ejercer la violencia. Toda la violencia que usted ejerza fuera del derecho es inculta. Y está presente en la cúspide, estuvo en la Constitución del 40, con esos avances que les había dicho, y está presente en toda la vida ciudadana el derecho. Si usted toma un niño que no es suyo, se pone malcriado y hay que darle una regaña, usted le da cuatro nalgadas. Si usted no es el padre, está actuando ilegalmente; el que tiene que dárselas es el padre. Fíjese usted, desde ahí ¡hasta cómo se elige un presidente! Cómo se elige un presidente está en el derecho, en las normas de derecho. Cómo la Asamblea Nacional, cómo se eligen los diputados, todo eso está en las normas de derecho.

La Constitución del 40 es un antecedente necesario para estudiar estos problemas, como lo es también la Constitución de 1901. Hay que acabar de diferenciar la Constitución de 1901 como texto legal y la Enmienda Platt. Porque la Enmienda Platt fue impuesta a los constituyentistas del uno. Incluso, alguna gente que votó a favor de la Enmienda Platt dijo que votaba porque era la manera de que los americanos se fueran de Cuba. Otros, que son los que

tienen mayor respeto para nosotros, votaron en contra. Pero eso fue impuesto, la Enmienda Platt. Pero la Constitución de 1901 es un texto legal que los estudiantes de Derecho y los investigadores deben tener muy presente, como texto legal de enorme valor para su época. Como la Constitución de Guáimaro, la Constitución de 1901, la Constitución del 40 y, desde luego, la Constitución Socialista. Y hay que mostrar esa historia en el mundo.

Este es el ambiente que se movía en Cuba en los años 40, cuando Batista dio el golpe de Estado, que repito, nació esta revolución porque era a partir de un acto ilegal. Y bueno, lo primero que hizo Fidel fue ir a los tribunales a denunciar a Batista por violador de la ley. Yo recuerdo que nosotros, en la Asociación de Estudiantes de Derecho, hicimos un escrito que por ahí anda, un escrito dirigido al Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales, de la Asociación de Estudiantes de Derecho, impugnando el golpe de Estado y señalando su ilegalidad.

Es decir, que todo esto tiene que estar muy presente en los jóvenes. Por eso, es que me interesa tanto que no solamente ustedes, porque ustedes conocen todo esto, saben todo esto, y todos nosotros estamos en eso. Me hace falta que los jóvenes que nos van a traer aquí el compañero Polanco y otros más también discutir estos temas con ellos, porque estos son temas de enorme significación para la Cuba que nosotros no viviremos, que la mayoría de nosotros no viviremos. Porque hoy en día tenemos una dirección histórica llamada Fidel, y todo esto es importantísimo, y Fidel es un ejemplo representativo de esta tradición. Óiganme, el sentido jurídico de Fidel es tan profundo que yo tengo anécdotas interesantísimas. Cuando teníamos las contradicciones aquellas con Urrutia, Fidel dijo: “bueno, yo soy Primer Ministro y renuncio”. Eso no es más que la formación jurídica de él: “Yo soy Primer Ministro y renuncio”. De un movimiento popular. Y cuando fuimos para Palacio un grupo de nosotros, que ahí estaba Urrutia, no le dijimos nada al Presidente. “¿Por qué Fidel renuncia?” “No, él va a hablar esta noche”. No podíamos decirle nada. Pero Fidel nos dijo: “No le pidan la renuncia a Urrutia, porque pedirle la renuncia a un presi-

dente es un golpe de Estado”. Yo me estaba acordando de eso a propósito del debate tremendo en Venezuela sobre si aquella gente habían dado un golpe de Estado o no. Hay un problema de cultura. Fidel dijo eso: “No le pidan la renuncia a Urrutia”. Urrutia tuvo que renunciar porque los parientes se lo aconsejaron y demás. Además, era un incapaz. Cuba siempre ha tenido esto, esta tradición jurídica. Yo recuerdo que la Asamblea General del Pueblo de Cuba que aprobó la Primera Declaración de La Habana, el Tribunal Supremo la proclamó fuente de derecho.

En fin, estas son las ideas a las que sirvió de antesala la Constitución de 1940 y la solicitud a ustedes de que estudien estas categorías fundamentales de cultura, ética, derecho y política solidaria para promover la acción de nuestro Club Martiano Faustino Pérez, con la conciencia de que existe una grave crisis ética que tenemos que resolver, y es que, en el fondo, la crisis de la cultura, la fragmentación de la cultura, que es lo que origina que Fidel hable de cultura general integral; se debe precisamente a que el fin de toda cultura es la justicia, el objetivo esencial de la cultura es la justicia.

Y lo que siempre han hecho los reaccionarios a lo largo de la historia es tergiversar la cultura con formas culturales, con medios culturales —porque para tergiversar algo hay que hacerlo con los medios de que se compone— para afectar a la justicia. Y siempre se ha ignorado que el fin y objetivo fundamental de la cultura es la justicia; eso se ha pasado por alto. Y hoy se habla de la necesidad de la integración, de las ciencias sociales, de las ciencias naturales, de las ciencias tecnológicas, de la integralidad se habla. La integralidad comienza por la cultura integral de que habla Fidel; comienza por la justicia social, y política y humana. Por ahí empieza la integralidad.

Y por esto es importante que incluso en las disciplinas humanistas esto se entienda. Porque la integralidad no viene solo por las ciencias naturales, aunque también hacen falta las ciencias naturales, sino la integralidad viene también por las ciencias sociales. He ahí la importancia del derecho, he ahí la importancia de las discipli-



nas humanistas; y todo esto nosotros lo sentimos en los años 40, cuando se produjo una crisis del sistema de democracia representativa, pluripartidismo. Aquí tengo el texto, no se los voy a decir porque sería demasiado extenso, y porque, además, este es un trabajo que tiene que hacernos aquí el compañero Torres-Cuevas. Muchas gracias.



El golpe de Estado del 10 de marzo de 1952

Mario Mencía

El golpe de Estado del 10 de marzo de 1952 fue el detonante que generó la última fase de la insurrección armada popular cubana. Tal acontecimiento estuvo en concordancia con el decurso histórico del medio siglo de república neocolonial que ese año se cumplía, y se ajustó armónicamente al contexto nacional de su momento. De la misma manera, las desiguales respuestas que adoptaron después las fuerzas políticas y sociales entonces actuantes se correspondieron con nuestras peculiaridades como nación. Lógicamente, en ningún otro ámbito fuera de Cuba podrían haberse comportado de igual forma.

Veinticinco días después del 10 de marzo de 1952 sus promotores promulgaron los denominados Estatutos Constitucionales en cuyo texto intentaban teorizar acerca de la necesidad de dar el golpe.

El contenido del documento trasunta hipocresía. Lo único cierto no estaba escrito, subyacía bajo su entramado retórico: reinstituía en Cuba la contrarrevolución de los años 30 con el mismo autor en el papel protagónico, y nada menos que a nombre de la Revolución. Parafraseando algunas de sus especulaciones contra la supuesta intención de autogolpe por parte del presidente Carlos Prío Socarrás, el verdadero cuadro de desolación y de crisis estaba por comenzar. Los sombríos augurios estaban a punto de transformarse en realidad. Tal vez menos que nunca antes podría garantizarse la pacífica y democrática convivencia nacional, ni se

salvaguardarían los avances sociales, ni se defendería la moral, ni se mantendría el ritmo del progreso, ni habría ambiente de paz ni de respeto a la vida y la persona, ni amparo al derecho de los trabajadores.

Las verdaderas razones que motivaron el golpe de Estado serpenteaban por otros ocultos cauces. La imposibilidad de llegar a la presidencia por elecciones llevó a concebir la sedición militar como vía para derrocar al gobierno de Carlos Prío y ocupar su lugar. El 10 de marzo fue el resultado de un plan largamente meditado durante ocho años en espera del momento propicio para efectuarlo.

Destacado ejemplo del impudor y del cinismo predominante en aquel ámbito de corruptela, Batista se caracterizaba por la inescrupulosidad, indignidad y egolatría, más una taimada conciliación del afán personal de dirigir omnímodamente con una actitud solícita ante los intereses económicos y políticos de los Estados Unidos de América. Nada en él, desde el 4 de septiembre de 1933 hasta el 31 de diciembre de 1958, escaparía a esa caracterización.

Detrás de sus primeros argumentos justificativos enmascara la disminución de su fabulosa fortuna acumulada durante los once años de su primera dictadura, y su expediente conspirativo a partir de la convicción de que no llegaría a la primera magistratura del país por vía legal.

Para disolver su primer matrimonio debió ceder a su primera esposa cuatro millones de pesos. De 1944 a 1948 viajó por gran parte de América a un tren principesco de dispendio. Se instaló en un piso del hotel Waldorf Astoria de Nueva York, y después se hizo construir una fastuosa residencia en la sureña Daytona Beach, también en Estados Unidos.

Cuando regresó a Cuba en noviembre de 1948, al amparo de un acta senatorial por la coalición liberal-demócrata de la provincia de Las Villas que le costó otra fortuna, continuó una existencia amillonada en la finca Kuquine y tuvo que aumentar notablemente sus gastos para vertebrar y sostener el Partido Acción Unitaria (PAU), en el que sólo logró aglutinar a unos pocos politicastos carentes de prestigio.

Luego, entonces, sí existían motivos materiales para hacer lo que Batista hizo. Y actuó, consecuente con su falta de ética, de la única manera en que podía hacerlo para llegar otra vez al poder y re-enriquecerse. A contrapelo de los argumentos que en 1952 utilizó, la información existente de aquella época demuestra que a lo que se adelantó el 10 de marzo fue a los resultados de los comicios que debían efectuarse el día 1º de junio de ese año, para los que carecía de toda perspectiva de éxito.

Su partido había quedado en el sexto y penúltimo lugar en la reorganización de 1949. Solamente pudo agrupar a cinco representantes a la Cámara y al gobernador de La Habana, su hermano, Francisco, *Panchín*, Batista. Obtuvo 143 005 afiliados en todo el país, de un total de 2 577 864 electores, el 5%. En esas condiciones no fue de extrañar que en las elecciones parciales de 1950 el PAU obtuviera sólo cuatro actas de representante entre las 66 sacadas a elección, y tres alcaldías de municipios de tercer rango entre las 126 disputadas.

A partir de ese desalentador resultado en las urnas, Batista decide concentrar su esfuerzo en dirección a la segunda alternativa, única viable para llegar al poder; la misma por la que lo obtuvo 17 años antes y lo mantuvo durante once años después.

Al comenzar 1952, la campaña presidencial se polarizaba en torno a tres candidatos: el ingeniero naval Carlos Hevia, del Partido Revolucionario Cubano (Auténticos) apoyado por los partidos Demócrata, Liberal, Republicano, Nacional Cubano y de la Cubanía; el ex militar Fulgencio Batista, del Partido Acción Unitaria y el doctor en Leyes y en Filosofía y Letras, y profesor universitario Roberto Agramonte, del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos), a quien el Partido Socialista Popular —nuevo nombre del Partido Comunista— había decidido apoyar.

En enero de 1952 la revista *Bohemia* daba a conocer los resultados de un *survey*, que hacían evidente que el prestigio del gobierno en la opinión pública había descendido a su nivel más bajo. No obstante, el candidato de la coalición gobernante acumularía mayor votación que Batista, aunque ninguno de los dos

resultaría electo. Con más de 12 puntos por encima de Hevia y más del doble de los que obtendría el aspirante del PAU, la presidencia sería ganada por el candidato ortodoxo: Agramonte (29,29%); Hevia (17,53%) y Batista (14,21%).

Es evidente que para consumir el *putsch* militar reaccionario el “gran motivo” que tuvo Batista no fue precisamente “su devoto amor por la patria” —como diría después su biógrafo Edmund Chester—. ¹ Sin un golpe de Estado no hubiera llegado a ocupar de nuevo la presidencia.

Hasta qué punto arriesgó verdaderamente su vida “con solo una docena de hombres que lo secundaron” es asunto de análisis posterior. Y en cuanto a la oportunidad para consumir el golpe también se falseó la verdad. Fue ejecutado en marzo de 1952 por la sencilla razón de que no pudo hacerlo antes. El mito de las tres semanas que únicamente requirió para organizarlo es solamente eso, un mito; bajo el mito transitan los hechos reales que explican una verdadera historia en la que una y otra vez se vio obligado a negar en la prensa sus actividades conspirativas, las cuales trascendían constantemente al público desde su regreso al país.

De todo lo que expresó durante esos años solamente fueron ciertas las palabras del último párrafo de su declaración ante los comentarios del periodista norteamericano Edward Tomlinson ² respecto a que se produjera en Cuba un golpe de Estado: “el pueblo no lo permitiría, pues la conciencia democrática cubana tiene plena madurez y no está dispuesta a consentir los desventurados días que otros países hermanos sufren en el continente americano”.

-
- 1 Edmund A. Chester: *Un sargento llamado Batista*, Editorial Arocha, La Habana, 1954.
 - 2 Tomlison era corresponsal del *Miami Herald* en Washington. Representaba intereses de transnacionales navieras estadounidenses. En agosto de 1951 escribió varios artículos sobre Cuba —evidentemente dirigidos a los lectores norteamericanos— que concluían con absurdos como que el presidente Prío y el tráfuga Eusebio Mujal, secretario general de la Confederación de Trabajadores de Cuba, eran comunistas y llevaban al país hacia el comunismo, lo que hacía necesario que se produjera un golpe de Estado.

En esto únicamente tendría razón. El pueblo cubano no estaba dispuesto a permitir una nueva tiranía. El 10 de marzo —sin que ese fuese el propósito de sus autores— revitalizaría el proceso liberador iniciado en 1868. En su respuesta, las fuerzas populares darían término a la crisis estructural permanente, económica, política y social en que se debatió la república semindependiente. Si en 1927 bastaron siete años para el derrocamiento de Gerardo Machado, coincidentemente ahora bastarían también siete años para la liquidación de una nueva dictadura reaccionaria, con la diferencia de que en esta oportunidad la lucha proseguiría su derrotero sin interrupción hacia una revolución plena, sin mutilaciones.

No puede omitirse del análisis de factores confluente en el 10 de marzo la influencia que Batista ejercía sobre cierta zona de las fuerzas armadas. Para ello es necesario tener en cuenta lo ocurrido a partir de la rebelión de los sargentos, el 4 de septiembre de 1933. En esa oportunidad se liquidó a casi toda la oficialidad del ejército que fue sustituida por suboficiales y clases, quienes ascendidos varios grados ocuparon el lugar de sus antiguos jefes. Lógicamente, para ellos Batista se transformó en un caudillo al que profesaban completa fidelidad, no a la República ni a sus instituciones.

Cuando se restablecieron las escuelas militares comenzaron a surgir nuevos oficiales, que eran los únicos supuestos a estar marginados de esa influencia, aunque no al mal ejemplo del prebendaje y a la elevada participación en negocios turbios que los jefes advenedizos disfrutaban en tiempos de Batista, todo lo cual resultó afectado durante los gobiernos auténticos (1944-1952).

Otro grato recuerdo había dejado Batista entre sus incondicionales. Cinco días antes de ceder la presidencia de la República a Ramón Grau San Martín, el 5 de octubre de 1944 dictaba el Decreto 3416 mediante el cual amnistiaba cuantos desafueros habían cometido los militares durante los últimos once años. A los efectos legales, borró todos los crímenes y delitos en los que estuvieron involucrados los miembros de los cuerpos armados, desde que él asumiera la jefatura del ejército y el control político autoritario del país.

Grau en la presidencia no procedió —como lógicamente se esperaba— a anular esa arbitrariedad jurídica y a encausar penalmente a los culpables de los desmanes ocurridos durante esa década, proceso que debía empezar contra un primer acusado, el propio Fulgencio Batista. La participación contrarrevolucionaria de este desde 1933, bajo la tutela de los embajadores nombrados por el presidente Franklin Delano Roosevelt, había impedido que el pueblo hiciera justicia entonces contra los hechos vandálicos del machadato.

En esa dirección, donde después también se acumulaban los desmanes ocurridos con posterioridad a la caída de Machado, tampoco actuó el autenticismo al llegar a la gobernación del país; ni contra los políticos responsables de venalidades ni contra los militares culpables de crímenes, extorsión y dolo.

De manera que una de las primeras frustraciones sufridas por el pueblo con la asunción de Grau a la presidencia fue presenciar impotente cómo quedaban impunes las fechorías y las injusticias del machadato y del batistato. Este sería el caldo de cultivo en que proliferaría indeteniblemente, en sus orígenes, la violencia política mediante grupos armados, fenómeno social que fue conocido en Cuba como “gangsterismo”.

Se concretó Grau a una depuración parcial de los cuerpos armados, sin más sanción que el licenciamiento de una parte de los cómplices de Batista. Comenzando por dos de los cuatro generales (Ignacio Galíndez Román y Francisco Tabernilla Dolz), durante los dos primeros meses de su mandato retiró del servicio activo a 110 oficiales del ejército.³ Para febrero de 1945 ya esa cifra sería superior a 200 aforados, aproximadamente una cuarta parte de la oficialidad del ejército.

Para llevar a cabo tal saneamiento, Grau utilizó al general Manuel López Migoya, último jefe del ejército nombrado por Batista. Pero, una vez logrado ese propósito, procedió también a darle baja del servicio activo y, por favoritismo personal, designó en su

3 Doce de los 16 coroneles, 10 tenientes coroneles, 17 comandantes, 32 capitanes y 37 tenientes.

lugar a Genovevo Pérez Dámera, a quien en sólo cuatro meses ascendió de comandante a teniente coronel, a coronel y a general, a fin de que pudiera ocupar la jefatura del ejército. De esta manera, dio continuidad a la práctica de burlar los escalafones sin consideración a los merecimientos.

A su regreso a Cuba en noviembre de 1948, un mes después de Prío tomar posesión, Batista fue restableciendo contactos con aquellos oficiales dejados por Grau fuera del ejército, la marina y la policía. A pesar de que el Presidente fue informado en cada oportunidad sobre tales contactos, no tomó las medidas necesarias. Sólo en contadas ocasiones dispuso traslados de un territorio a otro. Pocas veces pasó a retiro a los oficiales acusados de conspiración.

La falta de autoridad y la displicencia dentro de las fuerzas armadas durante el gobierno de Carlos Prío llegaban a tales extremos que varios elementos expulsados del ejército en época de Grau visitaban el campamento de Columbia, donde con frecuencia se les veía en el club de oficiales en conversaciones con capitanes y tenientes en activo.

Sumada a las demás máculas de la administración priísta, la impunidad gangsteril trascendía los límites de toda lógica. Irritaba al pueblo y exacerbaba a los elementos hasta ese momento honestos en los cuerpos armados. Batista iba a ser el principal usufructuario de ese descontento.

Durante los gobiernos auténticos, enfrentar el gangsterismo había acarreado problemas a más de un alto oficial, entre ellos ocasionó al coronel Quirino Uría su deposición como jefe de la policía nacional, y reintegro al ejército. La escala de los perjudicados se abría en amplio abanico.⁴

4 Abarcaba desde capitanes como Hernando Hernández Nardo hasta simples tenientes como Alberto Triana Calvert, que intentaron cerrarle el paso a esa lacra y fueron dejados fuera del cuerpo policiaco. Algunos, como estos últimos, en reacción contra Prío, aparecerían después en la lista de los conspiradores del 10 de marzo. A este grupo se agregaban el ex teniente coronel Jorge Hernández Volta, el ex comandante Dámaso Montesinos Álvarez, el ex capitán Hermenegildo Hernández, y otros trece más de menor rango, todos los cuales serían reincorporados al servicio activo después.

Al comenzar 1952 no había muchos incondicionales de Batista en el ejército, pero existía gran descontento contra el gobierno de Prío debido al creciente deterioro moral de gran parte de sus personales. Los militares, como todo el pueblo, conocían la venalidad de los políticos, sus robos al erario público, sus escandalosas vidas personales. Las más inusitadas cosas ocurrían con pasmosa desfachatez, y eran comentadas con irritación en los campamentos.

La convergencia de distintas fuentes, incluidas declaraciones mismas de Batista después de marzo de 1952, permiten asegurar que por lo menos ya un año antes, en marzo de 1951, intentó derrocar a Prío. La leyenda de las tres semanas empleadas para prepararlo cae así en pedazos, como la de la docena de “hombres valientes” que únicamente necesitó para lograrlo.

Batista llegó a estar relacionado con seis grupos de conjurados. El primero, sus incondicionales expulsados del ejército⁵ y la marina.⁶ Otros cuatro grupos estaban constituidos por oficiales en activo en el campamento de Columbia,⁷ en la fortaleza de La Caba-

5 Liderados por el ex general Francisco Tabernilla Dolz: el ex coronel Carlos Cantillo González, los ex comandantes Aquilino Guerra y Manuel Larrubia Paneque, los ex capitanes Martín Díaz Tamayo, Ramón Cruz Vidal, Pilar García Noguerras, Roberto Fernández Miranda, Sixto Sierra Albo y Rafael González Cobos, y los ex tenientes Manuel Ugalde Carrillo, Pablo Miranda Rodríguez, Jacinto Macías, Rafael Fernández, y varios ex clases y soldados más.

6 El ex capitán de fragata Eduardo Rodríguez Calderón, los ex alférez de navío Antonio Arias Echevarría, Saturnino Martínez Valdés, Herminio del Valle Soler, Esteban Álvarez Nardo, Edictimio Almaguer, y otros.

7 Con el capitán Jorge García Tuñón, lo formaban los también capitanes Luis Robaina Piedra, Juan Rojas González, Víctor Dueñas Robert, Dámaso Sogo Hernández, los tenientes Pedro Rodríguez Ávila, Pedro A. Barreras Pérez, Artemio Pérez Díaz, Ignacio Leonard Castell y Armando Echemendia Leyva, los sub tenientes Bernardo Perdomo Granela, Ceferino Rodríguez Díaz y varios más. En conexión individual directa con Batista o con los oficiales retirados funcionaban en Columbia varios oficiales con independencia del grupo de García Tuñón: el comandante Aristides Sosa de Quesada, jefe del departamento jurídico; en el SIM, los segundos tenientes Bernardo Perdomo Granela y Ceferino Rodríguez; en el GRAS, de igual grado, Juan G. Chirino Otaño; en las tropas de línea los segundos tenientes Irenaldo y Rolando García Báez. En esta clasificación se destacarían el capitán Alberto Ríos Chaviano y el primer teniente Fermín Cowley Gallegos, en el regimiento 1 Maceo del cuartel Moncada, ascendidos de inmediato a coronel y teniente coronel, el mismo 10 de marzo.

ña,⁸ en la fuerza aérea⁹ y en el Castillo de La Punta,¹⁰ sede del estado mayor de la marina de guerra. El sexto, actuaba en la policía nacional coordinado por el segundo teniente de la radio motorizada Rafael Salas Cañizares.¹¹

Todos ellos integraban la nómina golpista que ascendía a más de cien hombres comprometidos en el ejército, la fuerza aérea, la marina y la policía.

De los seis grupos, el de mayor importancia era el de oficiales en activo en el campamento de Columbia, ya que controlar Columbia equivalía a controlar el centro del poder real. Batista, mejor que todos, lo sabía. Con la aquiescencia de los embajadores norteamericanos de turno,¹² desde Columbia quitó y puso gobiernos a su antojo de 1934 a 1940.¹³

En Columbia, en realidad, actuaban dos grupos sin contacto entre ellos. Uno, desde afuera, los jubilados incondicionales de Batis-

8 Los primeros tenientes Pablo Miranda Rodríguez y José de la Campa Méndez, ascendidos después a tenientes coroneles, y los sargentos Alberto García Valdés y Caridad B. Fernández.

9 Los segundos tenientes pilotos Carlos Tabernilla Palmero, Rolando García Báez, Felipe Catasús Pazos, Guillermo Corvo Alzamorano y Miguel Matamoros Valles, entre otros, quienes serían ascendidos ya en marzo de 1952 a tenientes coroneles.

10 Los alférez de navío Pedro de la Concepción Portuondo, Juan Pedro Casanova Roque, teniente de navío Nicolás Cartaya Gómez, alférez de fragata José Ríos Chaviano, Mario Menéndez, Guillermo York Valmaña, Mario y Eloy Rubio Baró, Gumersindo Fernández, Arturo Carbonell Sell, José Rodríguez Hernández, Silvio Calves Cancio y Manuel Carnero González.

11 Al grupo en activo de la policía pertenecían el comandante Rafael Casals Fernández del Cueto, jefe de la radiomotorizada, el capitán del ejército Leopoldo Pérez Coujil, jefe del Buró de Investigaciones, y nueve capitanes que serían ascendidos a comandantes el 10 de marzo (Conrado Carratalá Ulgalde, Francisco, *Paco*, Pérez González, Rolando H. Prieto Solís, Isidoro Caballero, Edmundo Blanco Márquez, Modesto Fajardo, Ramón O. Vivas, Eduardo Díaz Tamayo y José Antonio Ruiz Beltróns); una docena y medio de tenientes y otros tantos sargentos, cabos y vigilantes.

12 Benjamin Summer Welles, Jefferson Caffery, Joshua Butler Wright.

13 Ramón Grau San Martín, Carlos Hevia de los Reyes Gavilán, Carlos Mendieta Montefur, José Agripino Barnet Vinajeras, Miguel Mariano Gómez Arias, Federico Laredo Bru.

ta. El otro, adentro, agrupado por el capitán en activo Jorge García Tuñón. Este último había establecido contacto inicial con Batista un año antes. Entonces no estaban suficientemente maduras las condiciones para el golpe, a lo que se agregó la negativa de Guillermo Alonso Pujol para incorporarse a la conjura.¹⁴ Si en algún momento los oficiales en activo tuvieron “el bien intencionado propósito de liquidar el gangsterismo y la corrupción imperante en el gobierno de Prío” —como proclamarían años después— jamás podrá ser corroborado. Su conducta posterior sólo sugiere presuponerles gran impaciencia por ascender e insertarse en los negocios ilícitos de los políticos y altos mandos castrenses.

Después de esporádicos contactos, en los primeros días de marzo de 1952 este núcleo sostuvo con Batista otra reunión preparadora del golpe en casa de su cuñado, el ex capitán Roberto Fernández Miranda, donde se vieron por primera vez algunos de los oficiales conspiradores en activo y varios de los ex oficiales.

El sábado 8 de marzo hubo una nueva reunión en la que se concretaron con mayor precisión los detalles para la ejecución del golpe y se adoptaron disposiciones para los nuevos mandos en el ejército, la marina y la policía.

Al siguiente día, cuando Batista regresó de Matanzas a las 11:30 de la noche del domingo 9 de marzo, un grupo lo esperaba en la casa del ex capitán de la marina Eduardo Rodríguez Calderón, en La Habana. Todas las condiciones estaban dadas. Los complotados, en alerta, esperaban las órdenes para actuar. En las entradas de los campamentos hacían guardia elementos comprometidos con la conspiración. Se acordó la hora para la ejecución del golpe, las 2:40 de la madrugada. Y de allí partieron varios enlaces a comunicar las instrucciones finales.

A las 2:40 del lunes 10 de marzo de 1952, efectivamente, entraba Fulgencio Batista en el campamento de Columbia, y se des-

14 Guillermo Alonso Pujol: “Ante la historia”, revista *Bohemia*, año 44, n° 40, 5 de octubre de 1952.

ataban las acciones que llevaron a la toma incruenta de todos las guarniciones militares en el país.¹⁵

No entraré en los detalles de la ejecución del golpe que pueden ser consultados en varias obras. Sólo destacaré algunas de sus peculiaridades.

Tal como había vaticinado Batista en la época en que trataba de convencer a Guillermo Alonso Pujol para formar parte de la conspiración, las guarniciones del resto del país carecían de importancia para decidir una situación como aquella. Quien dominara Columbia controlaba todas las fuerzas armadas. Desde allí, a los jefes de regimientos del interior sencillamente se les ordenaba acatar el nuevo mando. Aceptaban o se les destituía. No estaba en los presupuestos del honor militar en la mayoría de aquel ejército alzarse en rebeldía contra sus congéneres, ni siquiera para impedir el establecimiento de una tiranía.

Los coroneles José Fernández Rey, del regimiento 8 Rius Rivera de Pinar del Río, y Florentino Ceballos Reyes, del regimiento 10 de infantería de Managua, aceptaron incondicionalmente el golpe y fueron ratificados.

Preso y deportado el general José H. Velázquez Perera, jefe del regimiento 7 de artillería Máximo Gómez de la fortaleza San Carlos de La Cabaña, solamente dos jefes se opusieron verbalmente al golpe: los coroneles Eduardo Martín Elena del regimiento 4 Plácido de Matanzas, y Francisco Álvarez Margolles, del regimiento 1 Maceode Santiago de Cuba, a quienes se quitó de sus cargos. También fueron licenciados los coroneles jefes de los regimientos 2, Ignacio Agramonte, de Camagüey, 3, Leoncio Vidal, de Santa Clara, 5 José Martí, de La Habana, 6 Alejandro Rodríguez, de Columbia, y 9, Calixto García, de Holguín.¹⁶ Esta separación de los altos oficiales con mando directo de tropas se efectuó sin que se

15 Solamente ocurrió un encuentro a tiros entre efectivos de la guarnición del Palacio Presidencial y una patrulla de la policía, con resultado de tres muertos y un herido.

16 José M. Acosta de la Fuente, Antonio Bilbatúa Sanz, Cecilio Pérez Alfonso, Urbano Matos Rodríguez y Epifanio Hernández Gil, respectivamente.

hubiera disparado un solo tiro. Tal era de endeble aquel sistema sostenido sobre esas fuerzas armadas.

El control de la policía nacional no fue tarea difícil para los complotados dentro de este cuerpo que carecía de equipos de guerra y era el más corrompido en todo el aparato militar represivo. Su jefe nacional, el coronel Juan A. Consuegra Valdés, fue detenido en su propia casa, y una a una las 19 estaciones de policía de La Habana —seguidas por las del resto del país— se plegaron al golpe sin hacer resistencia. Únicamente un alto oficial de la policía tuvo el coraje de renunciar a su cargo, el comandante José Miguel Villa Romero, jefe de Santiago de Cuba.

Mediante el Decreto 94 firmado por Batista el 10 de marzo, reincorporaba al ejército a ocho de los viejos oficiales retirados que le eran incondicionales con los siguientes grados y cargos: mayor general y jefe del estado mayor (Tabernilla Dolz), general de brigada e inspector general del ejército (Díaz Tamayo), y coroneles: Manuel Larrubia, jefe de la aviación militar; Ugalde Carrillo, jefe de los ayudantes del estado mayor; Carlos Cantillo, jefe de la casa militar del Presidente; Aquilino Guerra y Pilar García, jefes de regimientos.

En ese mismo decreto, a sus capitanes incondicionales en activo Ríos Chaviano, Pérez Coujil y Rojas González los ascendía también a coroneles y les daba el mando de los regimientos 1, 4 y 7 de Santiago de Cuba, Matanzas y La Cabaña. Al ratificar personalmente en sus mandos a los jefes de los regimientos 8 y 10, y otorgar al teniente coronel Ricardo Pérez Barnat, que era segundo al mando del 9 Calixto García de Holguín, los grados de coronel y la jefatura de ese regimiento, estaba claro que estos le debían fidelidad incondicional por agradecimiento.

Uno solo de los oficiales del grupo en activo fue designado general, el capitán Robaina Piedra, que no era precisamente su líder, lo que rompió la armonía entre ellos. Esto, junto a la reincorporación de ex oficiales que fueron situados en rangos superiores, aumentó el malestar de Jorge García Tuñón y sus compañeros. De este grupo, los capitanes García Tuñón y Sogo Hernández y el

primer teniente Rodríguez Ávila fueron los únicos ascendidos a coroneles, y se les otorgaron jefaturas de regimiento.¹⁷

De esa manera, dos de los cuatro generales, incluidos el jefe del ejército y el segundo al mando, eran incondicionales de Batista; uno solo, de los conspiradores; y el cuarto (Eulogio Cantillo), ni de unos ni de otros. En manos de los incondicionales de Batista quedaban además las jefaturas de los ayudantes del estado mayor, la aviación, el SIM, la casa militar presidencial y siete de los diez regimientos —únicas unidades con mando directo de tropas— que en total componían el ejército. También se les asignó la jefatura de la marina.

El malestar del grupo principal se materializó en una protesta, pues García Tuñón aspiraba a la jefatura del ejército, y seis de los primeros tenientes que lo secundaban no quedaron satisfechos con sus ascensos a comandantes. Para contentarlos, Batista los ascendió de nuevo, esta vez a tenientes coroneles y, poco después, otorgó las insignias de general de brigada a García Tuñón. Pero, al mismo tiempo, como contrapartida, reincorporó al servicio activo a medio centenar más de viejos oficiales incondicionales, pagándoles los años transcurridos desde que fueron dejados fuera del ejército y reconociéndoles la antigüedad durante ese tiempo. Con ellos, distribuidos en todas las unidades, dejaba en exigua minoría a quienes le habían permitido asumir el poder y, de paso, aseguraba en todas las armas y cuerpos la presencia de hombres ciegamente fieles a él, y una línea confidencial directa de información sobre el más mínimo detalle de cuanto ocurriera en las estructuras del ejército y de la marina. Esta astuta maniobra —más la asignación de los principales rangos y mandos a sus incondicionales— llegaría a trascender como “el segundo golpe del 10 de marzo”, mediante el cual Batista relegó a un plano secundario y dejó sin autoridad operativa a quienes en verdad le habían facilitado obtener el poder: los oficiales en activo que le franquearon la toma de Columbia.

17 Regimientos 6 de Columbia, 5 de La Habana, y 7 de La Cabaña, respectivamente.

El 10 de marzo Batista suspendió —por 72 horas primero y por 45 días después— el Reglamento General del Ejército y la Ley orgánica del retiro para el ejército y la marina de guerra, y procedió a ejecutar un gigantesco movimiento de personal de acuerdo con sus intereses personales.

Simultáneamente con el decreto de aumento de los sueldos —que aplicó también a la marina y a la policía—, medida corruptora para captar las simpatías de todos los miembros de los cuerpos armados, hipertrofió desorbitadamente el cuadro de la oficialidad del ejército, que fue afectado por 780 ascensos. Sesenta y tres oficiales y 37 suboficiales fueron ascendidos dos o más grados; 303 oficiales y 55 suboficiales fueron ascendidos un grado; y fueron ascendidos a oficiales 293 sargentos, 18 cabos y 11 soldados. Estas fueron las últimas artimañas consagratorias del “segundo golpe del 10 de marzo”.

A cuatro oficiales golpistas más se les promovió poco después al grado de general, con lo cual duplicó la cifra de los existentes antes del 10 de marzo. De esa manera, aun descontando los más de 100 oficiales dados de baja, el crecimiento fue desmesurado. De 481 oficiales —de general a segundos tenientes— que había el 9 de marzo de 1952 la cifra se elevaría a 800 en un mes. Quince meses después, al promulgarse el 9 de julio de 1953 una nueva Ley orgánica del ejército, esa cifra se triplicaría, ascendería a 1 297 oficiales: un mayor general, seis generales de brigada, 18 coroneles, 44 tenientes coroneles, 79 mayores (nueva nomenclatura asignada a los comandantes), 262 capitanes, 325 primeros tenientes y 604 segundos tenientes.

Otro tanto ocurrió en la marina de guerra, cuerpo en el que se agregó una nueva modalidad corruptora: la designación de oficiales en comisión de servicio como interventores en las 21 aduanas marítimas, en las que los 20 pesos diarios de dietas eran una cifra ridícula al lado de los ingresos que podían obtener por concepto de contrabando.

La purga efectuada por Batista dentro del ejército recorrió toda la pirámide, desde los cuatro generales (Ruperto Cabrera Rodrí-

guez, Quirino Uría López, Otilio Soca Llanes y José H. Velázquez Perera, llevados en avión desde Columbia directo a Miami el mismo 10 de marzo) hasta ocho simples soldados.¹⁸

El desinterés posterior de la mayor parte de esta alta oficialidad por el proceso de lucha contra la tiranía, explica bien claramente la forma expedita con que fueron despojados de sus mandos sin oponer resistencia.

El lunes 10 de marzo fue de gran actividad por otras razones, con las restituciones, destituciones, ascensos y traslados dentro de las fuerzas armadas alternaban sin interrupción los nombramientos de ministros, subsecretarios y otros funcionarios del aparato estatal.

Al mismo tiempo, se restituía el uso oficial de la bandera del 4 de septiembre en todas las instalaciones militares y se restablecía el 4 de septiembre como Día del soldado cubano, disposiciones ambas que Grau había derogado en 1944.

La lluvia de cesantías de directores, jefes de negociados y departamentos, inspectores y simples empleados de oficina de los organismos estatales que se produjo al entrar en funciones los nuevos gobernantes, no parecía tener carácter de revancha para los golpistas que siguieron repitiendo no estar animados de ese espíritu.

Lógicamente, las elecciones señaladas para el primero de junio quedaban pospuestas para una fecha imposible de señalar en ese momento.

Se hacía cesar en sus cargos a los que ejercían el poder ejecutivo, y quedaban sin funcionamiento el senado y la cámara de representantes. Se ponía en vigor la Ley de Orden Público y se prohibía el derecho de huelga durante 45 días. La Ley de Orden Público, entre otras arbitrariedades, ilegalizaba las reuniones de más de dos personas y toda manifestación contra el gobierno.

18 Incluyó siete de los coroneles, dos de los quince tenientes coroneles, trece comandantes, veintiocho capitanes, trece primeros tenientes, trece segundos tenientes, nueve primeros subtenientes, dos segundos subtenientes, seis sargentos de tercera y cuatro cabos.

La supresión del derecho de huelga era la mejor credencial que Batista podía adelantar sobre la política laboral que seguiría el régimen. Miraba hacia el interior del país y hacia el exterior.¹⁹ En síntesis, desde la primera proclama, se liquidaba al gobierno y al congreso y una sola persona asumía ambos poderes, se vulneraban o eliminaban la Constitución y las leyes, se suprimían los derechos individuales —lo que afectaba a todo el pueblo—, se prohibía ejercer sus funciones a los partidos y a los trabajadores manifestar cualquier protesta.

Cuando tres semanas y medio después, el 4 de abril, se promulgara la denominada Ley fundamental de la República —más conocida por Estatutos Constitucionales— a esos absurdos jurídicos se agregarían otras arbitrariedades, a ciencia y paciencia del Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales que desestimó una a una cuantas apelaciones se hicieron en su contra.

Los Estatutos establecían que el gobierno estaría constituido por un presidente de la República, un consejo de ministros y un consejo consultivo. Los miembros del consejo consultivo eran designados por el presidente; su único derecho era “hacerse oír” por el consejo de ministros. El consejo de ministros era el que designaba al presidente pero, contradictoriamente, el presidente era quien designaba al consejo de ministros.

Según los estatutos, los magistrados del Tribunal Supremo —de quienes dependía a su vez todo el aparato de la administración de la justicia— eran también designados por el presidente. Así, el denominado tercer poder quedaba a expensas del presidente que, por

¹⁹ No sería casual que tres días después, cuando Batista se instalara en el Palacio Presidencial, la primera comisión de prohombres que recibiría iba a estar integrada por José L. de la Cámara, Armando Parajón, José Ramón Pérez y Gastón Godoy, representantes del Clearing House (bancos), Bolsa de La Habana, Asociación Nacional de Industriales y Asociación de Colonos (plantadores de caña de azúcar). Tampoco sería casual que el gerente en Cuba de la United Press (UP), Francis L. Mc Carthy, saludara alborozado el golpe en abril con una serie de cuatro laudatorios trabajos periodísticos.

todos estos atributos, detentaba el poder ejecutivo, el poder legislativo y determinaba sobre el judicial.

Pero eso no era todo. Se derogaba el régimen de autonomía de los gobiernos provinciales y municipales, lo que permitía la deposición e imposición de gobernadores, alcaldes y concejales a capricho del presidente y en favor de sus amanuenses, que entraron a saco abierto al saqueo hasta del último sector de la administración pública.

El Código Electoral quedaba suprimido y se declaraban extinguidos los derechos de las organizaciones políticas.

A nadie extrañaba una nueva paradoja. A pesar de que el régimen proclamaba que reinaba la más absoluta calma en todo el país, junto con la firma de los Estatutos se prorrogaba por 45 días más la suspensión de las garantías constitucionales y la vigencia de la Ley de Orden Público.

Como quiera que ya no regía la Constitución de 1940 se forzó a todo funcionario público a jurar fidelidad a los Estatutos. A la negación correspondía automáticamente la expulsión del cargo. Después que Batista y sus ministros los juraron, lo hicieron sin ningún pudor los magistrados del Tribunal Supremo de Justicia, y, en gesto que significaba una muy sui generis interpretación del honor y el decoro, los propios magistrados del Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales.

La aceptación o rechazo de los Estatutos se transformó en patrón de prueba para la dignidad o venalidad de los funcionarios públicos a la vista del pueblo. Grandes escándalos, polémicas y escaramuzas físicas se suscitaron en muchos de los gobiernos municipales. De los seis gobernadores provinciales, tres se negaron a firmarlos, los tres del Partido Auténtico, y fueron destituidos y sustituidos por elementos batistianos.

Los tres alcaldes del Partido de Acción Unitaria (PAU), naturalmente, firmaron los Estatutos. De los 123 restantes, 78 los aceptaron, o sea, casi dos de cada tres alcaldes. Solamente 44 se negaron a hacerlo y en su lugar fueron situadas gentes adictas al régimen.

De esa manera sumaria, por una simple disposición de los golpistas, el PAU, que antes del golpe sólo contaba con tres gobiernos municipales, venía a controlar ahora 48 y los restantes alcaldes, o se le habían pasado, o le debían sumisión incondicional a riesgo de resultar igualmente suplantados. Los concejales que por centenares se negaron a jurar los Estatutos, fueron sustituidos en todo el país.

El cese de funciones de los senadores y representantes —aunque se les continuaría pagando sus haberes hasta el vencimiento de los mandatos— era otro de los efectos del golpe en la esfera de lo político.

Escapa al objetivo de esta síntesis —ceñida sumariamente a algunos de los antecedentes y los resultados específicos del golpe de Estado— extender su alcance a las diversas reacciones de las distintas fuerzas sociales y políticas ante lo sucedido el 10 de marzo de 1952. Baste decir que estas fuerzas se atomizaron en numerosas posiciones: desde quienes se pasaron a los golpistas, a los que pretendieron hacerle el re juego electorero; desde quienes se opusieron por vías pacíficas, legalistas, a no pocos que optaron por diferentes métodos insurreccionales.

De todas ellas, sólo me referiré sucintamente a lo que considero la única consecuencia positiva con la que el golpe influyó en nuestro acontecer histórico.

Ante la ruptura institucional que los sucesos del 10 de marzo provocaron en el país, un joven abogado de 25 años nombrado Fidel Castro encontró un cauce concordante con su personalidad y temperamento, sus ideas políticas y sus principios éticos. Su reacción se manifestó mediante la denuncia política, la interposición jurídica y, sobre todo, en la decisión expresa de oponer la violencia revolucionaria a la violencia reaccionaria. En cada una de esas proyecciones coincidía alternativamente con muchos otros opositores a la tiranía recién instaurada. Nada era aparentemente original. Sin embargo, los recursos apelativos políticos y jurídicos no fueron seguidos por él, como ocurrió en la mayoría de los demás casos, con la ingenua confianza de que constituyeran por ellos mismos

reales vías de solución. Tenían un sentido ocasionalmente táctico. Los utilizó con la intención de que se evidenciara su inocuidad y resaltar así, por contraste, la única opción para él válida en aquella encrucijada, la de la violencia revolucionaria.

En este último aspecto también se manifestaría otro rasgo atípico. Lo que lo iba a diferenciar esencialmente de los que adoptaron la denominada línea insurreccionalista sería su capacidad para hacerla viable, su tenacidad para sostenerla y reiterarla a pesar de la carencia de recursos económicos y materiales y de los reveses que sufriría, así como su firme determinación de encauzarla de todas maneras, aun al precio de su vida.

Además, lo distanciaba de los demás su conciencia de la necesidad de incorporar la acción del pueblo a su proyecto; y organizar, desde el inicio, destacamentos de civiles adiestrados y armados para desarrollar la lucha contra el aparato militar-policíaco de la dictadura, ya que su propósito era destruirlo. De ahí que, a diferencia de los dirigentes de las otras organizaciones insurreccionales, Fidel no hizo depender nunca sus planes de la captación ni participación de ex militares ni militares activos. Quiérase o no, esto conduce inevitablemente a la comprensión de que en su proyecto insurreccional siempre estuvo implícito un fin estratégico: el de la revolución social.

Alrededor de ese eje dinámico puede contrastarse la actuación política, jurídica, propagandística, proselitista, organizativa y conscientizadora de Fidel Castro, simultánea o alternativamente desarrollada con la acción bélica, según las cambiantes situaciones antes y después del Moncada.

Resultaría poco serio desconocer los aportes de un grupo de organizaciones políticas y revolucionarias al inicio del proceso que culminó en el derrocamiento de la dictadura batistiana. A ellas debe asignarse la connotación que tuvieron en esos primeros momentos. Después, al transcurrir el tiempo, con escasas excepciones, su participación irá teniendo cada vez más un simple carácter coadyuvante y, en algunos casos, hasta entorpecedor en aquel proceso. A este papel fueron autorrelegándose por sus posiciones erró-

neas, su acción escasa o ineficacia de sus métodos, hasta desaparecer la mayor parte de ellas, en tanto surgían otras nuevas, como el Directorio Revolucionario.

Ahora bien, en la misma medida en que se conformaba ese fenómeno, inversamente, el Movimiento Revolucionario 26 de Julio y —después del comienzo de la guerra— el Ejército Rebelde, dirigido y comandado por Fidel Castro, irían transformándose crecientemente en la principal fuerza rectora del acontecer histórico cubano.

Esos resultados son incuestionables. Las cosas fueron así y no de otra manera. Al margen de cualquier interpretación que pretendamos darle a la historia, por antiguas o presentes razones e intereses personales o institucionales, la historia es el reflejo de lo real acontecido, no de cómo quisiéramos que hubiese ocurrido. En esa historia quedan necesariamente en realce el optimismo ilimitado, el trabajo infatigable, la acción tesonera, la inteligencia política y la osadía del joven Fidel Castro. No debe verse en la objetivación de esos rasgos un afán apologético. Es que así se manifestaron realmente en los acontecimientos de ese período.

El golpe militar reaccionario del 10 de marzo de 1952, resultante de la peculiarísima coyuntura epocal entonces existente en Cuba, hizo posible el rápido ascenso en la vida pública del país de aquel joven abogado, ex dirigente estudiantil, que recién iniciaba su carrera política desde una posición poco relevante. Esa circunstancia aceleraría la maduración y puesta en práctica del proyecto de revolución social de Fidel hasta ese instante difuso, embrionario y, de hecho, utópico, debido a las remotas posibilidades de viabilización en las condiciones prevalecientes en la nación hasta el 9 de marzo de 1952.

Aunque las absolutizaciones son riesgosas en el ámbito de las ciencias sociales, concluyo con una aseveración: el único saldo positivo del golpe de Estado del 10 de marzo de 1952 fue hacer viable el proyecto insurreccional del joven Fidel Castro, ya que por esa vía facilitó el camino para que el pueblo conquistara finalmente la independencia nacional y la hiciera culminar en Revolución.

Rafael García Bárcena y el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR)

Enrique Oltuski

I

Íbamos subiendo la gigantesca Escalinata de la Universidad de La Habana aquella noche caliente de agosto. Se acercaba la fecha de mi regreso a Miami. No quería partir sin dejar consolidadas mis relaciones con los núcleos estudiantiles que comenzaban a enfrentar con las armas a Batista.

Llegamos al final de la Escalinata y torcimos en dirección a las oficinas de la FEU. Allí me fueron presentados distintos estudiantes que pertenecían a un Movimiento Nacionalista Revolucionario, el MNR —como ellos decían—, y que comandaba Rafael García Bárcena, un antiguo luchador estudiantil contra Machado y a quien todos llamaban el Profesor. Después llegó el presidente de la FEU y discutimos la posible ayuda que podríamos prestar desde Estados Unidos. Hablábamos a media voz, con las luces apagadas. Una puerta se abría y se cerraba regularmente, dando paso a pequeños grupos de hombres jóvenes. En los intervalos se oía el clic apagado de las armas de fuego.

—Están practicando los futuros grupos de acción —me dijo un estudiante de apellido Carbonell.

Se decidió que sería importante que yo hablara con algunos de los dirigentes y posiblemente con el Profesor en persona. Bajamos la escalinata y al comenzar a atravesar la pequeña plaza, un

auto emergió de la oscuridad, frenó frente a nosotros con un largo chillido de las gomas y tres hombres armados de ametralladoras nos rodearon. Nos registraron con minuciosidad y quien hacia de jefe dijo:

—¿Qué, practicando armas, eh? El día menos pensado vamos a entrar en la Universidad y no va a quedar títere con cabeza.

—Capitán Castellanos, usted está confundido —dijo uno de nuestro grupo.

—¡Confundido ni cojones! —explotó el Capitán—, sigan comiendo mierda y verán en qué termina esto.

—¿Cargamos con ellos, Capitán? —preguntó uno de los sabuesos.

—No..., esta vez no. Pero quedan advertidos.

Guillermito desapareció por el largo y oscuro corredor. Estábamos en una vieja casona habanera convertida en clínica. Últimamente habían surgido infinidad de aquellas clínicas privadas. Casi todo el mundo estudiaba Medicina y al graduarse no encontraban empleo. Las grandes clínicas privadas eran monopolio de unos cuantos médicos famosos y estaban fuera del alcance del pueblo. Los hospitales públicos eran unos pocos y sólo se tenía acceso a ellos mediante la recomendación de algún político. Ante esa situación, los médicos jóvenes habían comenzado a asociarse en pequeñas clínicas de tipo cooperativo.

Corrí la vista por la sala en penumbras: la antigua sala era ahora salón de espera. Había bancos contra las paredes y en una esquina un buró metálico pintado de blanco. Demoraban en venir y comencé a leer con dificultad los avisos pegados en las paredes. Estaba entretenido cuando sentí la voz de Guillermito a mis espaldas.

—Mira, Enrique, te voy a presentar al doctor Faustino Pérez, miembro de la Dirección Nacional del MNR.

Me volví a tiempo de estrechar la mano de un hombre joven, de mediana estatura y cara de rasgos finos en la que se destacaban, a pesar de la tenue luz, unos ojos azules que miraban fijamente.

Vestía una bata blanca y su mano cargaba un maletín de médico. Intercambiamos saludos. Iniciamos una conversación, mientras Faustino me analizaba. Debí haber pasado la prueba, porque después dijo:

—No hay mal que por bien no venga. Batista ha servido para despertarnos de la modorra en que vivíamos. Y naturalmente, Batista es tan solo una piedra en el camino, debemos ir más lejos, establecer la justicia social de que habla el profesor García Bárcena. Bajo la dirección de un hombre como él, que es honrado a pesar de lo que ha vivido, y con el ímpetu de nuestra juventud, ¡no cabe duda que triunfaremos! —su voz sonaba suave y apasionada en la media luz de aquella sala—. La línea a seguir es bien clara: nada de politiquería, solamente una revolución armada puede darnos el poder sin compromisos. Además, las grandes gestas de Cuba se han hecho con las armas en la mano. ¡Ahí están las prédicas de Martí para enseñarnos el camino!

Hurgó en el interior de su maletín, sacó un pequeño folleto y me lo entregó.

—Soy un martiano convencido —dijo.

Hojeé rápidamente las páginas: eran frases de Martí alusivas a la situación que confrontaba el país y seleccionadas por Faustino.

—Lo estudiaré con detenimiento —dije a manera de despedida.

A las 2 llegó Guillermito. Tomamos la guagua en la esquina. Venía llena. Manteníamos un precario equilibrio agarrados a las barras del techo. Nos bajamos dos cuadras antes de llegar. Había una niña rubia jugando en la acera, frente a la casa.

—Es la hija del Profesor —me dijo Guillermito.

Cuando llegamos junto a ella, él le dijo:

—Oye, dile a tu padre que la policía quiere verlo.

Ella desapareció dentro de la casa y nosotros llamamos a la puerta. Apareció una mujer joven, que al ver a Guillermito cambió la preocupada expresión de su rostro en una sonrisa:

—Qué gracioso... ¡Tenía que ser el Gallo! Pasen...

Entramos. Apareció un hombre de regular estatura, en su temprana madurez, que nos ofrecía la mano. Su fuerte apretón denota-

ba entusiasmo, confianza en sí mismo. Bromeó con Guillermito y después, dirigiéndose a mí:

—He estado cambiando impresiones con los distintos compañeros que han hablado con usted. Pensamos que su ayuda puede ser útil al Movimiento. Primero: movilizándolo la opinión pública del estudiantado y la colonia cubana en Miami en contra de la dictadura batistiana. Y segundo: tratando de obtener recursos para la lucha armada. Nuestra estrategia ha de ser el derrocamiento de Batista por una fuerza integrada por la oficialidad joven y revolucionaria del ejército y los estudiantes.

Sus ojos me miraron fijamente a través de los cristales de sus espejuelos, como para medir el efecto de sus palabras. Me pareció que depositaba una gran confianza en mí al contarme aquellas cosas. Continuó:

—Cuando llegue el momento, una fuerza mixta, integrada por militares y estudiantes, tomará por la fuerza los bastiones en que se apoya la dictadura. Depuraremos el ejército hasta convertirlo en un ejército revolucionario y estableceremos un gobierno que barrerá con todas las lacras del pasado e implantará un régimen de justicia social. Será una sociedad en la cual, en lugar de ser todos proletarios, serán todos propietarios.

Veía brillar en sus ojos esa chispa recién descubierta que ya había visto en los ojos de Faustino. Había pensado exponerle mis propias ideas, pero ante sus palabras, no encontré nada original que agregar.

Tomamos café, mientras el Profesor y Guillermito hablaban de la Universidad. Yo meditaba sobre lo que acababa de oír. Sentimos que llegaban otras personas y nos pusimos de pie.

Me encontré en la calle con el doctor Allán Rosell, médico joven, miembro del MNR, uno de sus dirigentes en Santa Clara.

—Hay algo —me dijo.

De pronto, todo se detuvo.

—¿...?

—No sé bien, pero hay algo. El doctor Pedrosa, que es médico militar, me dijo esta mañana en el hospital que parecía había un levantamiento en Oriente. Si me entero de algo más te aviso.

De todos modos decidí ir a casa de Allán por la tarde. Cuando llegué, me dijo:

—Ahora mismo iba a llamarte, tengo noticias—. La expresión de su rostro era grave.

Por una puerta interior pasamos a su consultorio. El aire acondicionado se sentía agradable en medio de aquellos calores de julio. En seguida llegaron Luis y Guillermito.

—¡Han asaltado el cuartel Moncada de Santiago! —soltó Allán.

La noticia cayó como una bomba. Antes de que reaccionáramos, Allán continuó:

—El ataque fue dirigido por Fidel Castro.

—¿Por quién? —no pude menos que interrumpir.

—Fidel Castro, un abogado joven, que fue candidato a representante por el partido de Chibás.

—Me suena...

—Yo lo conozco de la Universidad —dijo Guillermito—, era líder estudiantil.

—¿Y qué clase de gente es este Fidel? —insistí.

—Es hombre de acción. Frente a Batista ha mantenido una actitud combativa —explicó Allán.

—¡Pero qué sorpresa! —repetía Guillermito—. Sabíamos que se estaban entrenando, pero nada más.

—La cosa fue en la madrugada, aprovechando los carnavales. ¡Casi toman el cuartel! —relataba Allán—; según el doctor Pedro-sa hay más de 100 muertos.

—¿Y Fidel?

—No saben de él. Ha escapado o ha muerto. Algunos de los atacantes se han internado en las lomas.

—Si es así la lucha continúa. Deberíamos hacer algo —intervino por primera vez Luis.

—Me pregunto si el Profesor sabía algo —habló Guillermito.

—Seguro que no —dijo Allán—, de ser así lo sabríamos nosotros.

—¿Pero qué perseguía? —pregunté yo—. Suponte que hubiera tomado el cuartel, ¿y qué? Santiago es Santiago. El problema es La Habana.

—Fidel nunca ha tenido la concepción del golpe único. Siempre piensa en términos de una lucha prolongada. Quizás su idea fuera la de tomar Oriente y luego marchar sobre La Habana —explicó Guillermito.

—De todos modos lo que ha ocurrido en Santiago tendrá amplias repercusiones en la lucha contra Batista —observó Allan—. De ahora en adelante, la guerra será a muerte. ¡Ustedes verán cómo la lucha se recrudece!

Cuando salí a la calle y respiré el aire tibio de la noche, a pesar de la quietud reinante, tuve la sensación de que algo había cambiado.

No fue fácil terminar la carrera. El tiempo que había destinado a otras actividades me faltó al final. Me dediqué al estudio como nunca antes y llegué a la meta como un corredor extenuado que da sus últimos pasos.

En aquellos meses mi padre había sufrido algunos reveses económicos, y por primera vez tuve que trabajar por dinero. Eran sólo cuatro horas y de noche; el resto del tiempo estudiaba. Eché a un lado mi vida anterior y llené el vacío con el deseo de terminar, y las cartas que llegaban de María. Cuando me gradué comencé a trabajar con un americano que había sido mi compañero de estudios. Proyectábamos viviendas y centros comerciales. Eran cosas pequeñas, que salían como churros y hacíamos buen dinero. Compré un nuevo automóvil, alquilé un apartamento para mí solo y retomé mi vida anterior.

De Cuba sabía poco. Nuestra organización había entrado en un período de letargo. Fidel estaba preso. Nadie creía en Prío. Pasaron los meses y un día llegó el Profesor a Miami, exiliado.

Hacía tanto frío adentro como afuera en la calle. El Profesor estaba enfundado en un anticuado traje cruzado. Esperancita, su mujer, trajinaba en la cocina y la niña desbarataba un juguete frente a nosotros. Sentados en el sofá-cama, tratábamos de luchar contra el frío con el calor de las palabras.

—Nunca pensé que llegase a hacer tanto frío en Miami —decía el Profesor.

—A veces se producen grandes heladas que acaban con vegetales y causan pérdidas por millones de dólares. Lo sé porque en esos casos contratan a los estudiantes para cosechar de noche a la luz de los reflectores.

—Afortunadamente no tengo nada sembrado dentro del apartamento —bromeó el Profesor.

Deberían mudarse de aquí. Por el mismo precio quizás podemos conseguir un apartamento con calefacción.

—No es necesario, pronto acabará el invierno —y cambiando la conversación—: ¿Has visto algo sobre mi trabajo en la Universidad?

—Sí, volví a hablar con el decano. No dice ni que sí, ni que no. Creo que nos está entreteniendo. La cosa es no quedar mal con nadie. Ellos son así.

—Bueno, no te preocupes, ya encontraremos como vivir, aunque sea comiendo vegetales helados.

Poniéndome serio: —Todavía no me ha contestado sobre las armas que ofrecieron vendernos.

—Es que las cosas han cambiado. Hemos sufrido algunos reveses; la gente habla mucho y la policía oye y actúa. Hemos decidido cambiar nuestra táctica. Los elementos civiles de la organización se limitarán al trabajo político, mientras que la acción armada queda a cargo de los militares que conspiran con nosotros.

—Pero eso es peligroso para el poder civil.

—No habrá problemas. Se trata de militares jóvenes, que fueron mis alumnos y son mis fieles seguidores.

—Bueno, si usted lo dice.

—Sé que no has quedado convencido.

—La verdad es que no.

—No te preocupes, confía en mí.

—Bueno.

Esperancita trajo el café cubano. El Profesor continuó:

—Prío quiere verme.

Me miró para medir mi reacción. Comprendí cuál era su decisión, pero de todos modos dije:

—Naturalmente, usted no aceptará.

—¿Por qué no? Siempre es conveniente saber en qué andan los demás.

Comencé a sentir cierta mortificación.

—Prío no anda en nada serio. Tratarlo es como perder calidad.

—Eres demasiado absoluto en tus ideas —dijo el Profesor sonriendo—, en política hay que ser flexible hasta el punto de no ser maleable.

—Tengo mucho que aprender, pero hay algunas cosas que nunca entenderé.

—Yo diría que sí. Pero no te preocupes, tiempo hay de sobra.

Dedicaba mucho tiempo al Profesor. Eran pocos quienes venían a verlo. Yo trataba de hacerle grata su estancia en Miami. Hacíamos pequeñas incursiones a los alrededores, o llevaba algún amigo a conocerlo. Algunas veces íbamos a un bar que quedaba cerca de su casa y charlábamos largas horas acerca de los problemas de Cuba, mientras bebíamos cerveza.

Una noche, bebíamos en el bar.

—Se le hace largo el tiempo, ¿verdad? —le dije.

—Sí, pero desde que empecé a escribir, la cosa es más llevadera.

—¿Y qué escribe?

—El *Redescubrimiento de Dios*, así ha de llamarse este libro.

—¿Y el título refleja literalmente el contenido? —pregunté, con la esperanza de una negativa.

—Sí —contestó.

—Pero... ¿cómo puede creer en Dios?

—¿Y por qué no?, aunque mi Dios no tiene religión específica. Lo venero lo mismo en una iglesia que en una mezquita.

—Perdóneme, pero creer en Dios es estar en la oscuridad —insistí con preocupación.

El Profesor reía con ganas:

—Voy a terminar por decepcionarte.

No contesté. Bebía en silencio y no se me ocurría nada que decir. El Profesor se sintió obligado a darme una explicación sobre el contenido del libro. Yo escuchaba sin oír.

Algún tiempo después vino Armando Hart. Batista acababa de amnistiar a todos los acusados de delitos políticos. Fidel estaba en la calle y quería hablar con el Profesor. Era hora de volver.

El Profesor se marchó. Yo quedé sumido en mis reflexiones. En mi mente luchaban pensamientos contradictorios. Por un lado, estaba decepcionado y vacío y quería olvidarme de todo. Por otro lado, una abstracta sensación de deber me instaba a volver.

Una mañana me levanté y me dije: “es hoy”. En pocas horas hice los preparativos y esa misma tarde tomé el avión a Cuba.

—Nos vemos en la tienda de Luis.

—Bien —contesté y colgué el teléfono.

Me fui caminando por la calle *Colón*, compré un periódico en la esquina y seguí hasta la tienda. Luis y los dependientes estaban ocupados atendiendo a varios clientes y me senté en un taburete y me puse a leer. Al poco rato llegó Allán, nos dimos un fuerte abrazo, se sentó en el suelo y comenzó a hablar:

—El MNR está liquidado. El Profesor descansa cada vez más en los militares. Tiene la concepción del *putsch*.

—Ya lo había notado cuando estuvo en Miami —respondí—. Y tú, ¿qué tienes en mente?

—He meditado largamente sobre todo esto. Mi conclusión es que la insurrección armada, por sí sola, no es método correcto. Hace falta algo más, hay que incorporar a las masas a la lucha. Y a este respecto, creo que los únicos que tienen un sentido perdurable y una estrategia que a la larga se impondrá, son los comunistas. Rusia se ha convertido en un coloso. La revolución ha triunfado en China. En diez años más, el mundo entero estará construyendo el socialismo. ¿Qué te parece?

—No sé, me parece utópico lo que dices. No tengo suficientes elementos de juicio. Ahora, no cabe duda de que los comunistas son gente seria. ¿Te has hecho miembro?

—No, todavía no. Estoy discutiendo con ellos, conociéndolos mejor, leyendo algunas cosas. ¿Quieres conocerlos?

—¿Por qué no? No se pierde nada con ello.

Al otro día fui con Allán a casa de un abogado que era miembro del Partido. Allán nos presentó y el abogado dijo:

—Conozco a su padre, aunque el encuentro no fue en las circunstancias más gratas. Yo defendía a varios obreros con los que estaba en conflicto.

—Si se entera de que he estado aquí me va a pelear por andar en malas compañías —bromeé.

Nos sirvieron café en un despacho repleto de libros. Allán tomó la palabra.

—Enrique, como yo, militaba en el MNR. Acaba de regresar de Estados Unidos, donde se graduó de ingeniero. Hemos hablado de cómo están las cosas y tiene interés en hablar con ustedes.

—Bueno, en realidad no es mucho lo que tengo que decir, más bien lo que tengo que hacer es escuchar. Mi forma de pensar se podría resumir así: en tres años, la insurrección armada no ha logrado nada efectivo frente a Batista. ¿Qué le falta? Me parece que es correcto lo que dice Allán: no ha logrado incorporar a las masas a la lucha. Pero ¿cómo hacerlo? Me interesan los puntos de vista del Partido.

El abogado estuvo un buen rato meditando antes de contestar.

—Nuestra estrategia de lucha es y será siempre la línea de masas. No creemos que una organización paramilitar sea la vía. A través del trabajo político en los sindicatos y entre los intelectuales, debemos crear una presión tal, que obligue a los que ostentan el poder a dar una salida política a la actual situación. Esa salida puede ser la de unas elecciones a las cuales todos los partidos puedan concurrir. Es en ese clima en el que nuestro Partido puede ser más efectivo, más determinante. Porque es bueno señalar que en nuestro trabajo no se puede perder la perspectiva.

Fijó su vista en mí, como cediéndome el turno.

—No creo que Batista esté jamás dispuesto a ceder un ápice de su poder. En cualquier elección libre, el pueblo barrería con él.

Repito que creo que hay que organizar a las masas, pero para la acción armada.

Rápidamente habíamos llegado a un punto muerto. El abogado así lo comprendió, porque dijo:

—Bueno, no creo que tengamos que decidirlo todo hoy. Es necesario que la discusión prosiga, que conozca más profundamente nuestros puntos de vista. ¿Le gustaría leer algunos de nuestros materiales?

—Como no.

Estaba sentado en un sillón de la sala leyendo el periódico. La noticia del día era la huelga azucarera. Todo había comenzado como un problema sindical más y se había convertido en un potente movimiento de huelga que amenazaba la propia estabilidad política de la dictadura. Cualquier acción del gobierno generaba nuestras protestas, pero, por otra parte, aquella espontaneidad no lograba encauzarse en forma contundente. Los distintos grupos revolucionarios le dieron su apoyo, pero no eran lo suficientemente fuertes para dirigir la huelga.

Un automóvil paró frente a casa. A través de la cortina de la ventana vi que era el Ford de Joaquín. Este entró agitado.

—Acaban de llevarse presos a Quintín Pino y otros más del 26. ¡Tremenda paliza que les dieron!

—A ver, cuéntame qué ha pasado.

—Fue hace un momento. La gente del 26 organizó un mitin de apoyo a la huelga, frente al parque. Llegó la policía y sin más ni más, empezó a repartir toletazos. Hay varios heridos. A Quintín lo tumbaron en el suelo y se lo llevaron arrastrando. ¡Ha sido una verdadera salvajada!

Me sentí muy mal, sentado en la tranquilidad de mi casa.

—Joaquín, ¡mañana nos incorporamos al 26 de Julio!

Armando Hart

II

El 27 de noviembre de 1952 participé con Rafael García Bár-cena en un acto en el Teatro Milanés, de Pinar del Río, para repu-diar el régimen y rendir homenaje a los estudiantes de Medicina que habían sido fusilados en 1871.

En 1953, los acontecimientos se articularon por los hilos invi-sibles que unen los hechos en la historia.

Durante una manifestación estudiantil, el 15 de enero, que protestaba contra la profanación por parte de elementos batistianos del busto de Julio Antonio Mella, forjador de la FEU y del movi-miento comunista cubano, resultó herido mortalmente por la poli-cía el estudiante de Arquitectura de la Universidad de La Habana, Rubén Batista Rubio. Tras larga agonía murió el 13 de febrero. Al siguiente día, su entierro constituyó un combativo y multitudinario acto de repudio al régimen. Álvaro Barba, entonces presidente de la FEU, despidió el duelo de nuestro compañero, quien fue el pri-mer mártir en el combate contra la tiranía.

Un año antes, el 16 de agosto de 1952, se conmemoró en el cementerio de Colón el primer aniversario de la muerte de Eduardo Chibás, y Fidel y Abel Santamaría fueron presentados por Jesús Montané. De inmediato comenzaron a trabajar juntos en labores de proselitismo y propaganda, en favor de una acción decidida contra el régimen.

El movimiento de protesta cívica y política generado desde la Universidad adquirió en la concentración del 28 de enero de 1953, centenario del nacimiento de José Martí, una nueva calidad que le otorgaron Fidel Castro y el grupo de compañeros que se habían ido nucleando alrededor de sus orientaciones e iniciativas. En esta oportu-nidad, los cerca de cinco mil estudiantes y trabajadores no baja-ron de la Colina con las manos vacías, pues disponían de medios de defensa y riposta, e iluminaron la calle *San Lázaro* con antor-chas encendidas, símbolos de la libertad por conquistar.

Si la policía actuaba contra la manifestación, en su seno estaba presente una vanguardia con formas y medios para contraatacar, pero no fue necesario porque en esta ocasión no tuvo lugar la represión policial.

Este desfile constituyó un antecedente simbólico que la Generación del Centenario trazó para la historia. Se comentó mucho entonces que el grupo capitaneado por Fidel había demostrado un nivel de organización y capacidad de acción que lo distinguía en la masa estudiantil y popular.

El 5 de abril de 1953, el profesor Rafael García Bárcena, con el apoyo de numerosos grupos estudiantiles y juveniles, organizó el primer intento insurreccional que tuvo lugar tras el golpe de Estado.

El profesor fue miembro del Directorio Estudiantil de 1930 y estaba muy influido por la experiencia de sedición de los sargentos de septiembre de 1933. Cifró sus esperanzas en una acción conjunta de miembros del ejército, inconformes con Batista, y de jóvenes universitarios.

Hombre honesto, patriota de ideas democráticas y antimperialistas, cristiano, poeta, está considerado como uno de los más importantes filósofos cubanos de la época. En su libro *Redescubrimiento de Dios* procura buscar la relación entre los avances de la ciencia y sus creencias religiosas. García Bárcena está ubicado culturalmente dentro de la línea de pensamiento de Félix Varela y con ideas similares a las que hoy sustentan los teólogos de la Liberación en América Latina.

Era un martiano convencido. Había luchado contra Machado y Batista en los años 30 y 40 y se había opuesto a los gobiernos corrompidos de Grau y de Prío. Fue un dirigente intelectual de posiciones revolucionarias. A raíz del golpe comenzó a organizar en la Universidad de La Habana el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), cuyo objetivo inmediato era el derrocamiento de la dictadura y que significaba una respuesta limpia, desde posiciones antimperialistas frente al cuartelazo.

Creíamos que García Bárcena contaba con algún apoyo dentro del ejército, porque en la época del gobierno constitucional ha-

bía sido profesor de la Academia Militar de Guerra; sin embargo, esta apreciación carecía de base real.

Aquel 5 de abril, centenares de estudiantes y jóvenes se concentraron en diversos lugares, con el propósito de asaltar por la posta 13 el campamento militar de Columbia, en Marianao. Este hecho pasó a ser conocido como la Conspiración del Domingo de Resurrección. Hubo una amplia redada policial que hizo fracasar los planes. En la casa de Eva Jiménez Ruiz¹ apresaron al doctor García Bárcena.

Yo era uno de sus más cercanos colaboradores, y me escogió como su abogado defensor. Resultó ser un juicio de gran publicidad. Se presionó para que García Bárcena fuera representado por abogados de gran experiencia y prestigio profesional. Aunque yo contaba sólo veintidós años de edad y acababa de salir de la Universidad, el jefe del MNR se mantuvo firme y no aceptó a otro letrado.

El juicio transcurrió en el Castillo del Príncipe, pues no quisieron trasladarlo a la antigua Audiencia Provincial.

Fueron arbitrariamente acusados otros dirigentes de la oposición. En un local del Príncipe, convertido en Sala de “Justicia”, defendimos el derecho a conspirar contra Batista y denunciemos la ilegalidad del régimen. Esto era lo que quería mi defendido, ya que no pensaba valerse de argumentos legalistas. Estaba interesado en convertir su juicio en un proceso político contra la tiranía. Por esta razón me había escogido como su defensor.

Hice una intervención que ocupó sesión y medio en el proceso del juicio oral. No llevé el informe por escrito, pero tenía bastantes notas elaboradas y luego pude reconstruirlo. Traté de mostrar ante el tribunal que no eran ciertos los hechos imputados, aunque la verdad histórica es que existían los planes para asaltar Columbia. La descripción que hice en el juicio debe apreciarse exclusivamente como los razonamientos de un abogado que rechaza la veracidad de los hechos cuando no están judicialmente probados. Si a esto se

1 Valiosa combatiente que trabajaba con el Profesor.

añade que no se habían consumado, se concluye que podían ser impugnados en el juicio oral.

La argumentación jurídica del discurso era bastante extensa y se basaba en la legislación vigente, pero para mí esto no constituía lo más importante. Lo esencial radicaba en la fundamentación política y específicamente la que se refiere al derecho de rebelión y a la caracterización del delito político. Lo subrayo para que se conozca cómo a partir del mismo 10 de marzo, los más amplios sectores de la juventud cubana defendíamos los fundamentos jurídicos de la acción insurreccional contra la tiranía como un principio irrenunciable. Además, si se lee la intervención, se apreciará que había un amplio consenso político en la sociedad de entonces acerca de la legitimidad que teníamos de derrocar por la violencia al gobierno resultante del golpe del 10 de marzo. Éste era el reflejo del estado de ánimo de las masas.

La revista *Bohemia* publicó en su sección “En Cuba”, una extensa información con el título “Tribunal de Urgencia”, en la que explicaba los hechos y el juicio mismo. Al final del trabajo citaba y comentaba mi papel como defensor del Profesor.

A García Bárcena le impusieron dos años de prisión. Fue una de las poquísimas veces que ejercí como abogado, y me siento feliz de los derechos que defendí en aquel juicio que concluyó a fines de mayo de 1953.

Muchos de los militantes del MNR nos incorporamos posteriormente a la lucha activa contra el régimen desde las filas del Movimiento 26 de Julio, creado por Fidel Castro en 1955, tras su salida del presidio de Isla de Pinos.

La cadena de hechos descritos iban a servir como antecedentes al magno suceso que cambió la historia de Cuba: la gesta del Moncada. A partir de entonces, la dirección de movimiento antibatistiano pasó a manos de Fidel.

El asalto al cuartel Moncada

Martha Rojas

Yo voy a decir en primer lugar lo que pienso. Cuando llegué a esta sala me sentí un poco defraudada, pensaba que habría sido mejor que todos los compañeros que están aquí, contemporáneos, y con mucho más vivencias e información que yo, hablaran y yo aprendo, porque me parece —lo comenté con Oltuski hace días— que lo más importante es que las nuevas generaciones conozcan todos estos antecedentes y los compañeros presentes tienen un aval enorme de información. Veo algunas caras muy jóvenes y ello me anima a contar algunas experiencias como me pidió el compañero Enrique Oltuski.

De las personas que están aquí, el que me precedió, Juan Nuiry, es la única que físicamente yo conocí mucho antes del Moncada, sencillamente porque él vivía con su familia a una cuadra de la mía y mi papá era amigo de su papá. Con eso le digo que yo soy de Santiago de Cuba y vine a estudiar a La Habana la carrera de Periodismo, entonces no estaba adscripta a la Universidad de La Habana. Era una escuela profesional, una especialidad, que funcionaba en la *Avenida de los Presidentes*. Sin embargo, siempre en esa Escuela —la Manuel Márquez Sterling— había alguna relación con los estudiantes de la Universidad de La Habana, sobre todo cuando se producía un evento importante.

Por entonces yo no tenía ninguna militancia política. Muchos de los estudiantes que veníamos del interior, de las zonas orientales,

en mi caso, veníamos a estudiar aunque, realmente, manteníamos, como jóvenes, inquietudes de carácter patriótico, de rebeldía. Yo era simpatizante de la Juventud Ortodoxa, pero no militaba en el Partido, ni en la Juventud. Sin embargo, recuerdo que en una oportunidad Max Lesnick fue a la Escuela de Periodismo y recibí de él un folleto que era la historia, el programa de la Juventud Ortodoxa y me lo leí. Fue años antes del golpe de Estado del 10 de marzo. Coincidió que en el automóvil donde llegó iban otros jóvenes y me dijo, mira, aquel que está allí es de tu tierra y más nada: se trataba de Fidel Castro. Luego no vería de nuevo a Fidel hasta el 21 de septiembre de 1953 cuando lo trasladaban esposado a la Sala del Pleno del Tribunal de Urgencia de Santiago de Cuba, donde se ventilaría la Causa 37 por los sucesos del Moncada. Para mí era un joven que había participado en movimientos estudiantiles, y ya estaba graduado de abogado, y aspiraría a representante por el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo). Con esto ya tengo hecha mi presentación y comentado mi vínculo nada significativo con aquel partido, con el cual simpatizaba una inmensa mayoría del pueblo y obviamente de la juventud. De modo que no es nada extraordinario.

Ahora, cuál es mi vínculo con el Asalto al Moncada y con todo lo que viene después. Pues sencillamente son los carnavales de Santiago de Cuba. Yo les tengo que hablar con toda sinceridad porque aunque haya pasado tanto tiempo no voy a mostrarme aquí como una gran patriota, ni tampoco que supiera o intuyera que iba a pasar algo en Santiago. Sabía, sí, que había un movimiento fuerte y sordo en la ciudadanía cubana porque hacía un año que se había producido el golpe de Estado de Batista, hacía pocos meses que había sido mancillada la estatua de Mella, era el año del Centenario de Martí y todos los jóvenes que teníamos algunas inquietudes estábamos atentos a ello. Pero no quiere decir que perteneciera a ninguna célula clandestina de ningún lugar.

Ese año yo acababa de terminar mi carrera de Periodismo; concluí mi práctica docente —entonces no le llamaban pasantía— en el Canal 4 de televisión de Gaspar Pumarejo que estaba por aquí cerca, en *Mazón* y *San Miguel*. Era un canal que comenzaba y yo

tenía la certeza de que en el mes de septiembre de ese año, después de las vacaciones, iba a comenzar a trabajar en la televisión que era donde un estudiante del interior podía tener algunas posibilidades, porque los periódicos estaban muy bloqueados por personalidades, por influyentes de La Habana.

Me sitúo en Santiago de Cuba, me voy a situar en el tren, voy en el tren central a Santiago de Cuba y llego en vísperas del Asalto al Cuartel Moncada, yo no sé absolutamente nada. El día 25 de julio, por la mañana, un fotógrafo de mucha experiencia, corresponsal de la revista *Bohemia* y vecino mío, llamado Francisco Cano Cleto, le decían Panchito, me preguntó si quería hacer una crónica del carnaval. Le contesté que sí. Él sabía que yo estudiaba Periodismo porque incluso yo había hecho una que otra colaboración, muy sencillas para *Bohemia*, con fotos de él.

Lo que me preguntó fue: “¿Quieres ganarte 50 pesos?”; en aquella época para un joven ganarse 50 pesos equivalían a 50 dólares. Le pregunté qué tenía que hacer. “Una crónica del carnaval”. Lo más fácil del mundo. Así estuve con Panchito un tiempo por la tarde y toda la noche. No sólo con él, andaba con mis amigos, festeando en el carnaval. Ya pasada la media noche se fueron mis amigas y mis amigos. Yo me quedé con Panchito para ganarme mis 50 pesos y en eso nos amaneció. Sentí lo que yo creía que eran cohetes chinos, fuegos artificiales disparados en por algún lugar cuando se acercaba la Conga de Los Hoyos. Él tenía mucha experiencia y me aclaró: “no son cohetes, son tiros, se nos fastidió la crónica del carnaval”, pero con una palabra bien gruesa, y yo simplemente le dije: “¡Ah chico!, vamos a hacer el reportaje de los tiros porque en el periodismo lo último que sucede es lo que se publica”. Me contestó, “¿te atreves?”. “Sí, vamos a ver donde son los tiros”. Ese es mi primer conocimiento de lo que sería luego el Asalto al Moncada.

Fuimos al periódico *Diario de Cuba* en la calle *Corona* cerca de *Enramadas*, para enterarnos; ver qué se sabía y allí nos dijeron que era una bronca entre soldados, que era una bronca entre Batista y Pedraza. Había ciertamente algunas diferencias por aspiracio-

nes de carácter de mando y de dinero, etcétera, entre Batista y Pedraza y eso era, podría ser cierto, tenía lógica, podría ocurrir cualquier cosa después del golpe del 10 de marzo; pero allí en el periódico empezaron a preguntar por teléfono a vecinos que vivían cerca del Cuartel, recuerdo que entre los vecinos a quienes preguntaron fue al doctor José Antonio Portuondo que vivía cerca del Cuartel Moncada, frente a la fábrica de la Coca Cola y una de las postas del Moncada y él dijo sí, “todos están vestidos de soldados, parece una bronca entre soldados, yo los he visto correr”, lo cual era cierto porque los combatientes del Moncada —esto para los más jóvenes, que quizás no tengan esta información o la tengan a medias—, vestían el mismo uniforme que los soldados que era de caqui color amarillo, como el uniforme que usaba el ejército norteamericano en la guerra de Corea y antes en la Segunda Guerra Mundial. La única diferencia —y eso se puso mucho después— era que los asaltantes usaban cualquier calzado, no el de reglamento del ejército. Así como sus cinturones propios de civil.

Con esa referencia, un grupo de periodistas avezados de Santiago de Cuba fueron hacia el Moncada. Panchito me dijo que si yo quería ir. Le avisé a mis padres; yo vivía relativamente cerca, mi papá no quería que yo fuera pero mi mamá dijo: “déjala, si ella estudió periodismo”. Sobre las diez de la mañana, después de forcejear mucho, no yo, sino todos los ilustres colegas de Santiago, pues como es de suponer yo no era tomada en cuenta, aunque quería entrar también para saber que pasaba. Pero me refiero a que yo no tenía ninguna autoridad de tipo profesional; pues entramos al Moncada atravesando el polígono desde la Posta de Coca Cola, que así llamaban a la entrada que daba al frente del edificio principal, pues atravesando la cuadra estaba la embotelladora. Lo primero que yo vi fueron algunas gentes uniformadas y armadas corriendo, subiendo las escaleras; pero ya a esa hora no eran los asaltantes revolucionarios sino soldados. Mentiría si les dijera lo contrario, esas eran mis suposiciones lógicas. Llegamos a la antesala de las oficinas del coronel Chaviano, conocido a partir de ese día como “El chacal de Oriente», nos introdujo un capitán a quien identifica-

ban como Águila Gil, uno de los ayudantes de Chaviano; éste nos dijo que iba a realizarse una conferencia de prensa. Previamente le habían roto una cámara a Ocaña, un fotógrafo del *Diario de Cuba* porque él estaba tomando fotografías en ese corre-corre que se veía allí en el polígono, desde la puerta de entrada.

La conferencia de prensa se demoró muchísimo; tenía que ser, se suponía que sería enseguida y ocurrió a la una o una y pico de la tarde, pero ese hecho nos permitió a los que estábamos allí, a los periodistas de Santiago de Cuba (la única que siendo santiaguera no era periodista de Santiago de Cuba ni corresponsal como Panchito era yo) observar y empezar a averiguar qué había sucedido en realidad. Los guardias comentaban, sentíamos disparos aislados, eran detalles.

Este fotógrafo, Panchito, era un fotógrafo muy listo aunque de poca cultura. Era lo que se llama o se dice “un bicho”, era un hombre sagaz, pillito. Ustedes habrán visto los episodios de Colombo: Panchito se parecía a Colombo, él caminaba así de una forma muy rara, despacio, misterioso. Armando Hart lo conoció, porque después, a principios de la Revolución, trabajó en el Ministerio de Educación. Haydée Santamaría lo llevó a trabajar en el Ministerio. Era magnífico fotógrafo y además había sido fotógrafo de la policía judicial; la policía judicial era la que abría causa contra los delincuentes comunes, y les sacaba fotografías a esos delincuentes con el número en el pecho. Lo hacía mediante una especie de contrata, no como un salario. Por esa razón, muchos policías y soldados lo conocían y él con su picardía empezó a caminar dentro del Cuartel, sin que les llamara la atención a estos, mientras esperábamos el inicio de la conferencia de prensa. En un momento dado volvió hacia donde yo estaba, en la antesala junto con los demás periodistas, y me dijo: “hay dos mujeres presas”. Yo me quedé callada, “no digas nada”, me advirtió y agregó: “pero si quieres, puedes caminar por ese pasillo y las verás, di que vas al baño”. Efectivamente, él conocía el Cuartel Moncada desde mucho antes. Entonces caminé por un pasillo y vi dos mujeres a quienes yo no conocía —una estaba sentada en un sillón y otra en el suelo, una

era rubia, la otra más trigueña—, mientras, se oían disparos en ráfagas. Las miré y regresé a la antesala del despacho. Estábamos en el segundo piso. Al fin se produce la conferencia de prensa, en la que Chaviano, desde su despacho, ofrece un informe oficial sobre los sucesos del 26 de Julio. Dice que ese asalto había sido pagado por Carlos Prío Socarrás, ex presidente de la República; que era el resultado del Pacto de Montreal. Para los más jóvenes, el Pacto de Montreal fue un pacto que se selló en la ciudad de Montreal entre organizaciones políticas de la oposición que estaban contra Batista, pero, en principio, por una vía política con la cual se derrocara a Batista, aunque no se descartaba en la propaganda una posición extrema. Eran los políticos que habían robado muchísimo y algunos honestos; no todos eran ladrones, no vamos a ser absolutos, pero bueno, ese era el Pacto de Montreal. Ellos anunciaban que podían llegar a organizar un ataque armado, que iban a hacer esto o lo otro, pero en realidad transcurría el tiempo y no hacían nada.

Lo primero que informa Chaviano, entre otras mentiras es que Prío Socarrás —a quien Batista había suplantado el 10 de marzo en un golpe artero—, le había dado un millón de dólares a Fidel Castro para realizar el asalto a los cuarteles Moncada en Santiago de Cuba y Carlos Manuel de Céspedes en Bayamo. Que el lugarteniente que tenía en Santiago de Cuba era el jefe de policía de la época de Prío nombrado José Villa Romero, a quien decían como apodo Toitico. Él era el padre del hoy gran escultor José Villa. Los santiagueros le decían Toitico pues como jefe de la policía perseguía tenazmente a los delincuentes y entonces cuando le traían un grupo de ellos a su despacho les decía: “Toiticos para la cárcel y mañana llamaremos al abogado”. Realmente Villa Romero era un hombre que se ocupaba fundamentalmente de eso; era un hombre muy pacífico y sus relaciones con Prío se basaban en el hecho de que Mireya Prío, una hermana del Presidente, había bautizado a un hijo o una hija suya.

Volviendo a la conferencia de prensa: Chaviano afirma categóricamente que Villa Romero era el representante de Prío Socarrás en Santiago para apoyar el levantamiento. Es Toitico una de las prime-

ras personas que cogen presa ese día, 26 de julio en Santiago, porque en su casa había todo tipo de uniformes de campaña y uniformes de gala como coronel de la policía de Santiago de Cuba que había sido hasta que el golpe militar de Batista lo defenestró; pero él seguía viviendo allí, por cierto, muy cerca del Moncada.

El otro elemento que planteó Chaviano, como acusación, fue que los combatientes habían ido con granadas potentes. Con posterioridad el doctor Baudilio Castellanos —abogado de oficio en el juicio— le preguntaría a uno de aquellos oficiales si no se había confundido con una fruta y donde vio granadas pudo haber visto anones. En fin, la conferencia de prensa estuvo plagada de falacias por parte de Chaviano. En mi libro *El juicio del Moncada* estas están enumeradas de acuerdo con la exposición de Río Chaviano.

Llegó el momento de las preguntas en la conferencia de prensa. Los periodistas profesionales —en nombre de sus órganos de prensa— empezaron a preguntar. Y yo, con cierta timidez, y aquí les voy a decir algo a los jóvenes en una incidental pero que tiene mucho que ver con el proceso revolucionario, con la Revolución Cubana, cómo las cosas han cambiado para bien de los estudiantes, pues entonces era un intrusismo profesional que en una conferencia de prensa alguien recién graduado que no respondía a ningún órgano como trabajador en nómina hiciera preguntas. Yo no estaba ni siquiera colegiada aún (el Colegio de Periodistas equivalía a la UPEC, Unión de Periodistas de Cuba, hoy); me había graduado de periodismo pero no tenía el carné del Colegio de Periodistas. Yo hablé previamente con el presidente del Colegio, un periodista de apellido Nicot y le pedí permiso para formular una pregunta y él me dijo que sí; él conocía a mi familia, mi padre era un sastre conocido en Santiago. Hasta aquí la incidental. Prosigo contándoles: le hago la pregunta a Chaviano sobre quiénes son esas dos mujeres que estaban detenidas en el cuartel. El me responde con un gesto que expresa su molestia y fue captado por la cámara de Panchito: “Aquí no hay ningún detenido, ni ningún preso”; agrega que todos los combatientes habían muerto en combate o alguno estaría huyendo y ya moriría en combate. Pero un militar de los ayudantes

que él tenía allí se le acerca y le dice algo al oído y él dice: “Bueno, me informan que es posible que haya algunas mujeres presas, pero eso tendría que haber sido después que yo vine aquí a la conferencia de prensa”.

Siguieron las preguntas. Los periodistas insistieron en ver lo que había ocurrido en el combate y él contestó que habría un recorrido dentro de un rato porque se estaba preparando el teatro de los hechos, nunca se me olvidaría en la forma en que lo dijo, “el teatro de los hechos”, y yo que había visto muchas películas de *cowboys* y de policías y de todas las películas habidas y por haber decía: bueno, el teatro de los hechos no hay que prepararlo, está ahí, solo hay que ir a verlo, hablando para mí. Permanecimos allí un rato más y al atardecer ya serían sobre las cuatro, estaba un poco nublado, fuimos al teatro de los hechos. El teatro de los hechos era la colocación de los cadáveres de los combatientes que habían sido asesinados a lo largo de todo el día dentro de las mazmorras del Moncada o en los alrededores; los primeros de ellos, aquellos jóvenes que habían ido con Abel a la retaguardia del Hospital Civil, hubo dos retaguardias, la retaguardia del Hospital Civil y la retaguardia del Palacio de Justicia.

En la retaguardia del Palacio de Justicia había estado Raúl que asumió toda la defensa de aquel lugar y cuando se percató que había fallado el asalto por sorpresa, él que conocía la ciudad, salió de allí. El mensaje al hospital de que la retirada se producía no llegó a tiempo. Supe en el juicio, que el combatiente Chenart, que llevaba la información a Abel Santamaría, al frente de la ocupación del Hospital Saturnino Lora, había sido interceptado. Abel se hizo fuerte en la zona de servicios del hospital por donde estaban la lavandería y los almacenes, colindante con el Moncada. Esto es muy importante, no vaya a pensar alguien que se combatió dentro del hospital donde estaban los enfermos. No, se peleó en el área de servicios hacia el cuartel para que las ráfagas vinieran hacia los muros de ese sector. De ahí que Fidel diga sobre Abel en *La historia me absolverá*, que su heroica resistencia lo inmortaliza ante la historia porque el combate de Abel y sus compañeros atraían el fuego de la soldadesca y ello dio

tiempo a que Fidel y un grupo de sus compañeros de la posta 3 pudieran llegar a Siboney y a las faldas de la Gran Piedra.

Durante el recorrido por el teatro de los hechos Panchito y los demás fotógrafos tomaron fotografías de todos los muertos y era muy claro. Sus cuerpos estaban limpios no tenían huellas de balas y sin embargo aparecían destrozados; los habían vestido después de asesinarlos. Además hubo otras fotos-denuncia, como la de José Luis Tasende; prueba contundente. Panchito el fotógrafo (él no fue quien tomó la foto de Tasende sino un fotógrafo militar creyendo que era un sargento del regimiento) me dijo durante el recorrido por el teatro de los hechos que “estas fotos nos las van a quitar”. Y llegó la hora en que regresamos al polígono para marcharnos cuando llegó una orden transmitida por Águila Gil. Se había producido una llamada de La Habana y las imágenes tomadas habría que mandarlas —los rollos y *chasis*— a revelar a Columbia. Se requisarían los materiales. Pronto caería la noche y a esa hora no salían aviones de Santiago, estaba recién inaugurado el aeropuerto actual, pero el que funcionaba por lo regular era el de San Pedrito, cerca del cementerio y no tenía condiciones para vuelos nocturnos. No se viajaba de noche salvo un avión militar que iba a un aeropuerto que había en Holguín, pero no era el caso, porque había miedo por lo del asalto simultáneo en Bayamo.

Recuerdo que en el polígono había un camión con la cama al descubierto o destechado y Panchito me hace seña a lo “Colombo”, aunque es una cosa trágica, vale la imagen. Quiero que ustedes visualmente se hagan idea de cómo era el personaje y cómo ocurrió el cambio de rollos fotográficos y *chasis*. Me hizo señas para que yo me arrimara a aquel camión, yo llevaba en unas sayas que se usaban entonces, muy anchas, unos bolsillos grandes y en el carnaval Panchito me daba los rollos de las comparsas y mamarrachos que yo me echaba en los bolsillos de la saya. Ahora me dice que pusiera aquellas fotos o rollos de los carnavales sobre la cama del camión. Lo hago. Él saca de su bolsa las que ha tomado en el Moncada y las coloca al lado e intercambiamos los rollos y *chasis*. No tenemos que hablar. Hay un revuelo entre los periodis-

tas, tratando de que no les quiten las fotos. Él echa en la mochila que les traen los militares los rollos de los carnavales. Un teniente de apellido Rico, que se destacaría como asesino, le dice a Panchito: “regístrate los bolsillos que te conozco”.

Conclusión, él revela esa misma noche las fotografías en Santiago; no las imprime, y me da los negativos y dinero para el pasaje en avión en el primer vuelo. Llegando a La Habana debo entregárselas a Quevedo en *Bohemia*. Diciendo esto y desapareciendo de Santiago. Al día siguiente entrego los negativos a Quevedo y el reportaje de los sucesos, pero el reportaje fue censurado. El prestigio y fuerza de *Bohemia* es un arma que utiliza Quevedo para que se le permita publicar las fotos, aunque no el texto descriptivo, sino el informe oficial. Algunas otras copias de Panchito aparecen en otros periódicos, facilitadas por *Bohemia*. *Bohemia*, reitero, era la revista de mayor difusión en el país; tenía una sección que se llama la Sección en Cuba que dirigía uno de los mejores periodistas de Cuba, Enrique de la Osa. Era una sección que los políticos temían, fueran del partido que fueran, y los que no temían la respetaban.

Armando Hart: Tenía inclusive una gran difusión en el Caribe, se ha apreciado ahora. Por cierto, hay que hablar con quien podamos hablar, en la dirección de *Bohemia*, con la dirección del Partido porque esa es una revista conocida en esa época en el Caribe y yo creo que podría ser un gran instrumento de la Revolución para la difusión de sus ideas en el Caribe.

Martha Rojas: Así es, en el Caribe, y en Venezuela; bueno en todo el Caribe, incluyendo eso. Correcto, como dice Armando, es así, era de enorme difusión entonces.

Armando Hart: Yo siempre he estado pensando en eso; merece la pena que tú y yo y algún otro compañero que tú estimes conveniente, con el Director de *Bohemia*, si quiere, se prepara una entrevista a ti y a mí, conjuntamente, para decir la significación de *Bohemia* en el Caribe, alentando la idea de la cultura afro-caribe-americana que es la cultura que yo he llamado aquí Maceo Grajales la cultura de los esclavos; sería bueno. Vamos a hablar con ellos para que nos hagan una entrevista para difundir eso y la significa-

ción del Caribe porque a mí me asombra que algunos dominicanos, algunos costarricenses que he conocido ahora, me asombra que conozcan cosas de Cuba de aquella época como no conocen mucha gentes en Cuba hoy; conocen a Cuba, intrínquilis, cosas, y era por la revista *Bohemia*.

Martha Rojas: Gracias, Hart.

Ya tienen una idea más amplia de lo que significaba esa revista, yo no conocía al director de *Bohemia*, no tenía por qué conocerlo, era un *statu* desde el punto de vista profesional bien alto para mí entonces, pero recuerdo que él era un hombre muy afable. Fumaba unos tabacos especiales. Él me mira y me dice: “¿pero quién tú eres?” y le digo sencillamente quien soy, de una forma muy breve. Pero se sorprende por lo que había llevado. Refiriéndose a Panchito y a mí dice: “ustedes están locos, no saben lo que está pasando en Santiago de Cuba”. “Sí, yo vengo de allá” le contesto con un poco de ingenuidad y le detallo más. Quevedo me dice que Panchito lo había llamado por la mañana y que le había dicho que iban a escribir un reportaje pero que él había mandado a un periodista profesional.

Se trataba de Juanito González Martínez pero había llegado después del recorrido por el teatro de los hechos y no pudo entrar al cuartel hasta el día siguiente y ya no había nada que contar de primera mano.

Por indicación de Quevedo regresé a Santiago. A quien estaban persiguiendo era a Panchito por cambiar las fotos. Yo no representaba nada, afortunadamente. Era un cero a la izquierda. Un día, haciendo mi vida normal, como me indicó el

Director de *Bohemia*, me sorprende el freno de un *jeep* ante el semáforo de la *San Félix*, en él iba Chaviano. Me mira, se acuerda, obviamente, tal vez de la pregunta que le hice en la conferencia de prensa. Pero en forma muy maliciosa, con mucha “trastienda” es él el que pregunta si yo era la muchacha que andaba el día de los carnavales con Panchito. La manera de preguntarlo me hizo suponer que él pensaría en una amiguita íntima de Panchito de ocasión en los carnavales. Le contesté que sí que era, muy sonriente. “¿Y

él no te ha llamado?”. Le respondí que no, que desde ese día de la conferencia de prensa no nos veíamos y dice él, “bueno pero tú eres muy bonita, él te va a llamar, si te llama, llámame a este teléfono porque en vez de las fotos del Moncada lo que entregó fue a unos negritos bongoseros”. Me hago la sorprendida y me da su teléfono. Al otro día regresé a La Habana. El Director de *Bohemia* me había dado dinero para que tomara un avión o cualquier transporte si lo consideraba necesario. Solo estuve en La Habana 24 horas. Enriquito y Quevedo me indicaron que volviera a Santiago ahora más que nunca, porque si no me veían podían sospechar algún vínculo con el fotógrafo. Eso hice y desde ese momento empecé a buscar la forma de asistir al juicio del Moncada.

He resumido antes la parte de los sucesos exactos del 26 de julio que yo vi, dicho sea de paso Santiago de Cuba en tensión, la gente no sabía lo que pasaba, los primeros informantes de lo que ocurría fueron los propios soldados que tenían familiares y contaban cosas, pero había una confusión muy grande, pero ya se había dicho que era Fidel el autor del asalto al Moncada, el líder del movimiento que luego de conocería como de la Juventud o Generación del Centenario.

En cuanto a la participación como periodista en el juicio (Causa 37) en el que los acusados se convertirían en acusadores, les diré que el puente para lograr ese objetivo fue Baudilio Castellanos. Bilito Castellanos, un luchador estudiantil de primera línea desde la época en que él y Fidel estudiaban en este recinto universitario la carrera de Derecho.

Para los jóvenes: hay muchas cosas escritas sobre Fidel antes del Moncada en las que aparece siempre Bilito Castellanos quien, además, era su coterráneo; nació, se crió en la zona que hoy pertenece a Mayarí, Cueto. El padre tenía una farmacia por allí. Bilito Castellanos se cosía en mi casa en la que había una pequeña sastrería, como creo que dije, mi padre era sastre, mi madre modista. En una visita a mi casa le dije a Bilito que yo sabía que él era amigo de Fidel, así como que se había presentado al Vivac tan pronto supo que habían hecho prisionero a Raúl tras el

asalto al Moncada para servirle de abogado; fue un comentario, yo no tenía mucha información en realidad. Le pregunté a Bilito como podría ir al juicio. Bilito había ganado un premio que daba la Universidad, era el Premio Dolz al mejor estudiante de Derecho y consistía en nombrarlo abogado de oficio de una audiencia al menos por dos años, creo; pero ya una vez que él entró allí — porque era un hombre muy inteligente—, se mantuvo en ese puesto. Baudilio murió hace poco.

A él se le ocurre que una fórmula sería que les hiciera una entrevista a los magistrados nombrados para el proceso, puesto que yo no pertenecía aún a ningún periódico. Fue muy claro, él conocía a esos personajes: “Si les haces una entrevista a los magistrados y a los abogados ‘para que hablen del juicio, ellos que están muertos de miedo no dirán cosas comprometedoras y la censura la pasaría”. Yo pensé enseguida que podría hacerles la entrevista y enviarla como colaboración a *Bohemia*. Agregó él que esos magistrados habían firmado los Estatutos Constitucionales del llamado entonces “Gobierno de Facto”, pero que querían “limpiarse” ante la opinión pública.

Me dijo más, que ellos —los que designaron a la sala primera— ya estaban nombrados para la Causa 37 y me dio los nombres, así como los de otros abogados que participarían como letrados en el proceso, en el cual fueron involucrados muchos políticos de oposición que nada tuvieron que ver con el asalto al Moncada, desde luego. Hice las entrevistas. Uno de ellos dijo que ese sería el juicio más importante de la historia de Cuba, su referencia era el número de encartados, de diligencias y demás actos procesales, de esa manera enmascaraban esa definición tan importante que, dicho sea de paso, esa opinión Fidel la menciona en *La historia me absolverá*.

Es una sala de verano la que abrió el proceso, una sala de verano dirigida por Urrutia Lleó. Luego, en el trabajo concreto de la Causa la sala o el tribunal fue presidido por Adolfo Nieto-Piñeiro Osorio y la integraban, además, el fiscal Mendieta Echevarría, Mejías Valdivieso, Ricardo Díaz Olivera, el secretario Mascaró Yarine y el escribiente Adolfo Alomá.

En efecto, el censor dejó pasar las entrevistas que mandé a *Bohemia* y sabiendo ya que estaba en la plana central me presenté a los entrevistados y les pedí que me incluyeran en la relación de periodistas. El Presidente del tribunal agregó con su pluma de escribir mi nombre y puso entre paréntesis revista *Bohemia*, así que él me nombró periodista de *Bohemia* antes que su propio director.

Había tomado una decisión drástica pues yo debía presentarme en septiembre en el canal de televisión donde hice mis prácticas, para empezar a trabajar; pero no me preocupé en absoluto. Sentía que ese proceso del Moncada algún día se publicaría y yo quería recogerlo todo, desde el día 26 de julio. Fueron acreditados como veinticinco periodistas pero a casi ninguno le importaba reportar el suceso, porque sus órganos de prensa solo iban a publicar una nota que podían extraer del sumario de la causa o de la relatoría del secretario, y sin seguridad de que la censura la dejara pasar. A las dos primeras sesiones del juicio llevaron al principal encartado el doctor Fidel Castro, pero fueron tan demoledoras sus declaraciones y sus preguntas como abogado que lo sustrajeron del proceso. Había demasiadas personas que podían escucharlo, incluyendo más de doscientos soldados en la sala y en los alrededores del Palacio de Justicia, un palacio flamante que había hecho el gobierno de Prío. La sala del pleno es inmensa, Armando la conoce perfectamente bien, hoy es un monumento nacional. Entonces en una plataforma como esta estaban, allí el fiscal, los magistrados, en los costados los abogados y detrás de los abogados los periodistas y más allá los familiares y cuantos empleados de la audiencia quisieran oír el juicio porque de acuerdo con los tribunales de urgencia el juicio tenía que ser oral y público, una formalidad porque nada se iba a publicar por la censura; allí comienza ese juicio; llevan a Fidel esposado. Yo les voy a leer dos líneas de mi libro *El juicio del Moncada* (Editorial Ciencias Sociales del Instituto del Libro, quinta edición, 2002). Así lo escribí en aquel momento: "...a todos los condujeron esposados a la sala de justicia, el ruido metálico que sobresaltó al público había sido producido por las cadenas cromadas que aprisionaban más de 100 muñecas, Fidel hizo un alto

para tratar de hablarle al tribunal y los guardias en actitud de zafarrancho de combate rastrillaron sus armas, había 200 de ellos dentro de la sala del pleno, un aposento rectangular de 15 metros de largo por 7 de ancho y muchos más afuera, harían un total de 600 los guardias que ocupaban la manzana donde estaba situado el Palacio de Justicia. Fidel llamó la atención del tribunal chocando una con otras las esposas que mantenían sus manos cautivas, luego extendió sus brazos y señalando con ellas en dirección al grupo masivo de jóvenes que había entrado al local minutos antes que él pidió la palabra con la venia, comenzaba a decir cuando con una culata de los rifles sus custodios tocaron imperativamente al suelo, justamente en el sitio donde debía permanecer de pie el acusado hasta que el tribunal señalara cual iba a ser su puesto (...) en ese instante escuché nuevamente la voz limpia y firme estremeciendo a todos. «Señor presidente, señores magistrados, quiero llamarles la atención sobre este hecho insólito, qué garantías puede haber en este juicio, ni a los peores criminales se les mantiene en una sala que pretende ser de justicia en estas condiciones, no se puede juzgar a nadie así esposado, esto hay que decirlo»; aunque, repetidos timbrazos, lo interrumpieran ya el revés comenzaba a convertirse en victoria porque los magistrados, el tribunal suspendió momentáneamente el juicio, habló con el teniente Cano y el capitán Medrano que eran los escoltas y obligó a que le quitaran las esposas a los acusados”.

Esos guardias, la mayoría de ellos criminales, con las manos temblorosas, les quitaron las esposas empezando por las de Fidel e inmediatamente Fidel pide que en su condición de abogado se le permita defenderse, pero de acuerdo con las normas jurídicas y de procedimientos primero tenía que ser examinado como acusado lo cual hizo. Había un testafarro de Carlos Prío dentro de ese grupo porque uno de los errores que cometieron —porque muchos errores cometen los asesinos— fue que involucraron a todos los políticos en el juicio como si hubieran tenido que ver con el hecho. Es en esta oportunidad cuando Fidel declara que ninguno de los presentes debe preocuparse porque lo acusen de ser el autor intelec-

tual del Moncada porque el autor intelectual del Moncada no es otro que José Martí.

Las acusaciones fueron lapidarias sobre los crímenes, desararticulando, anulando las mentiras, y el abogado Fidel Castro pedía que de cada denuncia de un crimen se dedujeran testimonios para juzgar después a los culpables. Aquel juicio se convierte, reitero en un *boomerang* y retiran a Fidel; dicen que Fidel está enfermo, quieren aplicarle la ley de fuga, bueno esto es una larga historia que dilataría mucho y está contenida minuto a minuto en el libro del juicio. La cuestión es que a través de Melba Hernández como abogada, manda Fidel una carta diciendo que él no está enfermo pero que el médico —que era una magnífica persona, creo que todavía vive el doctor Juan Martorell García— le pregunta a Fidel en la cárcel qué hace y Fidel dice que actúe según su conciencia; es decir, tampoco Fidel le pide a él que firme eso para que no lo maten, nada de eso, que actúe según su conciencia y entonces Martorell firma un certificado diciendo que tiene una taquicardia, una cosa, que sé yo, algo sencillo y no lo llevan más a ese juicio.

Continúa el juicio para los demás acusados. El otro elemento molesto lo constituían Haydée y Melba. El tribunal quiere forzar a que Melba y Haydée, sobre todo Haydée, a que no declare en el juicio y en una forma muy sutil y muy fina le dicen “señorita si usted no quiere esto, puede delegar en su abogado Baudilio”, pero ella sí quiere hablar, porque son testigos excepcionales de que con ellas había salido vivo del hospital un grupo de compañeros, incluyendo a Abel Santamaría, y que luego fueron asesinados; lo cual Toitico contará posteriormente, no en el juicio, porque a él lo mantienen en una posición de casi confinamiento por ser, como decíamos antes, el primer detenido y vió llegar a esos jóvenes vivos y después no aparecen en ninguna parte; eso lo declara después en una entrevista.

El proceso continúa para los demás, son denunciados los crímenes, son juzgados, todo eso en el proceso de justicia fueron declaradas las condenas y entonces con posterioridad el 16 de octubre, tomando el ardid de que Abelardo Crespo Amar combatiente

del Moncada estaba herido en un pulmón ingresado en el hospital, le celebran a Fidel el juicio en la sala de enfermeras y en cuanto al procedimiento es igual, pero mucho más rápido e inmediatamente le dan la palabra al fiscal que normalmente, ustedes lo han visto, quizás incluso los jóvenes han visto un juicio, en que el fiscal tiene que argumentar, decir muchas cosas en contra del acusado; en este caso se limita a decir que el acusado será juzgado por el artículo tal del código tal, tal. Es decir, tres palabras para no darle oportunidad a Fidel a que se exprese. Pero él ha elaborado mentalmente la defensa del Moncada y a la vez su autodefensa y dice su alegato que conocemos como *La historia me absolverá*; en ese recinto estábamos presentes nada más que seis periodistas, los seis primeros que llegaron; recuerdo que eran cuatro residentes en Santiago de Cuba, uno de ellos era corresponsal de un diario de La Habana, otro era un corresponsal de la Associated Press y yo que iba porque quería seguir lo que había empezado el 26 para traerle a Quevedo mi reportaje cada vez más completo, con todos los hechos registrados y que pensaba que cuando se suspendiera la censura, se publicaría.

Lo iba escribiendo día por día. Hice periodísticamente la información pormenorizada del juicio del 16 de octubre inclusive. Tomé notas; no se permitían grabadoras, tampoco tomé el texto del proceso en taquigrafía, sino a punta de lápiz o pluma Studebaker, periodísticamente. Tampoco permitieron fotografías ni nada, pero con las notas ningún detalle se perdía. Para mí fue muy positivo que del lugar donde se celebraba el juicio a mi casa hubiera unas 15 cuadras, y si no me paraban 20 o 30 personas o más para que les contara qué había sucedido, hubiera sido un milagro. Entre ellas recuerdo que me paraba siempre algún miembro de la familia de Pedrito Miret, y Raquel Perez de Miret —luego casada con un hermano de Pedro, y en la Revolución ministra de Bienestar Social—, en fin decenas de personas, muchas gentes conocidas; recuerdo entre muchas a Gloria Cuadras. Nunca he contado algo tantas veces todos los días desde el juicio en la Audiencia —que lo diga María Antonia Figueroa—; yo le contaba y le contaba tantas

cosas que ya yo me lo sabía de memoria, llegaba a casa y lo transcribía como si fuera un reportaje para el día siguiente, pero terminó ese día —16 de octubre, la trascendental vista— y el día 17 vine para La Habana y le entregué el material a Quevedo y a Enriquito de la Osa; ellos se sonrieron y me dijeron “pero nosotros no podemos publicar este mamotreto”. Yo hice original y copia, un voluminoso mamotreto, sin corrección alguna, al vivo. Valga una cosa, no me lo dijeron para humillarme ni nada, sino más bien admirados, al parecer. Hubiera tomado una revista *Bohemia* completa en caso de que la censura hubiera concluido. Se quedaron con el texto y me dijeron que volviera el lunes; regresé el lunes y el Director me preguntó si quería trabajar con Enriquito en la Sección en Cuba. Empecé pues a trabajar con Enriquito de la Osa en la Sección en Cuba, de *Bohemia*. No se permitió publicar el juicio del Moncada a lo largo de los años de insurrección, tan solo una versión muy corta de no más de ocho o diez cuartillas, pero lo leyeron varias personas; lo leyó Melba, lo leyó Haydée —aquellas dos mujeres que vi por primera vez el 26 de julio en el Moncada—.

Se publicó en 1960 por un colombiano que vino aquí llamado Humberto Gaviria, un apellido muy común en Colombia. Me lo pidió prestado y cuando me lo devolvió lo hizo en forma de libros. Tres libritos, o sea en tres partes.

El compañero aquí se recuerda de esos tres libros que se distribuyeron en una feria que hubo en el Parque Central a principios de 1960; por cierto, uno de los organizadores de aquella feria del libro fue Alejo Carpentier cuyo centenario celebramos. Vendieron cada ejemplar a 20 centavos quizás; Naty Revuelta que anda por aquí los vio. Pero bueno eran tres libros de 20 centavos cada uno con el resumen de todo eso y, por cierto, Naty Revuelta junto a Delia, una empleada y amiga de Melba, Haydée y Edita Dubois fueron quienes cosieron uniformes, las tallas extras, y pusieron los galones en la casa de los padres de Melba en la calle *Jovellar*, según me contaron después Haydée y Melba con quienes quedé vinculada estrechamente, primero por solidaridad y luego por compromiso revolucionario desde que ellas salieron de la cárcel de

Guanajay. Salió esa edición y posteriormente el periódico *Revolución* —órgano del Movimiento 26 de Julio— publicó en su editora otra edición más cuidada en la que se reunía todo el contenido, y así sucesivamente hasta la imprenta en él por el 50 aniversario. Hay otras cosas, pero yo terminaría aquí porque me estoy pasando del tiempo y ustedes tienen o deben hacer preguntas.

Vamos a dar la palabra primero a él, que estuvo en el Moncada, tú eres moncadista; mira por ahí hay un micrófono, hay dos a ambos lados (tiene que dar nombre y apellido primero, acuérdate).

Genaro Hernández Martínez, combatiente del Moncada: Ante todo queremos felicitar a la compañera Martha Rojas por la intervención que ha hecho: sabemos que es difícil en tan poco tiempo hablar de un acontecimiento de tanta trascendencia como fue el Asalto al Cuarte Moncada y sus antecedentes, pero yo pienso que no podemos hablar del movimiento que culminó con el Asalto al Cuartel Moncada sin hablar con antecedentes del papel jugado por la Universidad de La Habana y por ese movimiento de masas tan extraordinario del Partido Ortodoxo al que Fidel se refiere en *La historia me absolverá* y que a partir del primer momento, a partir del 10 de marzo cuando en su artículo (“Revolución no-zarpazo”) dice: cubano hoy tirano otra vez, pero otra vez habrá Mella, Trejo y Guíteras, hay opresión, pero otra vez habrá libertad, yo invito a los bravos combatientes del Partido de Chibás, el momento es de lucha, si morimos, no importa, morir en cadenas es vivir, en afrenta y oprobio sumido, morir por la patria es vivir, es decir que Fidel hace ese primer llamado a esa masa ortodoxa que se había nucleado junto a Chibás y que luchaba con la esperanza de acabar con los males existentes, con la consigna de vergüenza contra dinero, y que fue en realidad la masa a quien Batista dio el golpe de Estado, esa masa de oprimidos a que se refería Chibás, que todos ofrecen y que todos engañan como dice en el Asalto al Cuartel Moncada. Yo era un guajirito cortador de caña de allá del campo y había venido muy pocas veces a La Habana y muchas veces vine aquí a la Universidad porque hay que decir que las luchas universitarias trascendían el marco de la Colina universitaria y llegaban hasta los

más remotos rincones de La Habana, porque siempre la Universidad estuvo en defensa de los oprimidos; después volví cuando el entierro de Chibás que fue velado aquí en la Universidad de La Habana y que salió la manifestación de duelo más grande conocida hasta entonces y volvería el 28 convocado por Abel Santamaría que fue allá a nuestro pueblo a Vega a convocarme a esa manifestación que salió de la Escalinata universitaria hasta el Parque Central de la cual habla Fidel en *La historia me absolverá*, que cubría 6 cuadras, 6 cuadras compactas de compañeros revolucionarios.

También se refería a los compañeros que estaban perfectamente bien entrenados que no pudieron ir al Moncada; que por cada uno que fue, quedaron 20 que no pudieron ir. Aprovecho para decir que si es cierto que el genio extraordinario de Fidel se conoce con su alegato histórico, con su defensa en el Moncada, Fidel ya no era desconocido, Fidel ya tenía un aval revolucionario, Fidel tenía un método de lucha que siempre ha mantenido, de tú a tú; de visitar la familia, de visitar la Juventud Ortodoxa, de escribirle la carta, tenía una hora radial por la CMQ, escribía en el periódico *Alerta* y visitaba muchas familias, muchos de esos compañeros fueron al Moncada, otros no pudieron ir, después se sumaron al Movimiento 26 de Julio, vinieron en el *Granma* porque eran compañeros que seguían a Fidel, porque Fidel era muy combativo, Fidel se destacaba por su combatividad y por esa destacada ética revolucionaria, por su forma de ser, por su carácter, por su humanismo, por su carisma, Fidel visitaba, recordamos que era delegado por el Partido Ortodoxo, visitaba la familia de Reemberto Abad Alemán, la familia de los hermanos Mateo que fueron al Moncada, la familia de Hugo Camejo en Madruga, porque Fidel no sólo iba a una sola provincia, visitaba muchos municipios de Habana campo.

Recuerdo la primera vez que oí hablar de Fidel, fue en Güines, después en Madruga, habló en Aguacate, Casigua, Caraballo, Jaruco y en muchos de esos lugares la Juventud Ortodoxa en pleno como en el caso de Madruga apoyaban a Fidel, de ahí que cuando a Fidel le preguntan en el juicio que como logró convencer a los jóvenes, Fidel dice: realmente no tuve que convencerlos, no tuve

que persuadirlos, a muchos los conocía de la ortodoxia y se acercaron a mí y estuvimos de acuerdo con los planes. Cuando ingreso al movimiento fue aquí en las oficinas del Partido Ortodoxo en Prado 109.

Cuando aquello se hablaba de planes fantásticos por los demagogos, por los politiqueros y nosotros estábamos en el tanteo de esos planes porque queríamos que tumbaran a Batista como el mal peor, el mal peor, pero cuando Abel Santamaría, que fue quien nos atendió, habló con nosotros comprendimos que se trataba de algo distinto y que eran verdaderos revolucionarios porque no nos ofreció nada, lo que nos ofreció fue el derecho a morir, a dar la vida por la revolución, porque nos dijo: a Batista hay que derrocarlo a través de las armas, pero hay que estar dispuesto a morir, después fue él el que dio el ejemplo y murió consciente de que si Fidel vivía el movimiento habría de triunfar. Después supimos que en los momentos difíciles en que se sabía ya que iban a asesinar a esos compañeros le decía a Melba y Haydée: ustedes tienen que vivir para que cuenten lo que sucedió en el Moncada porque si Fidel ha sido capaz de hacer un Moncada, qué no será capaz de hacer en adelante. Muchas gracias.

Armando Hart: Me alegra mucho que haya hablado el compañero del Moncada y le decía aquí a los compañeros que el informe de Martha ha sido excelente, extraordinario, pero me gustaría que alguien que hubiera vivido dentro del Moncada, contara algunas anécdotas y estaba buscando, y precisamente Genaro vino a resolver ese problema.

Yo no estuve en el Moncada, y después les explicaré cómo me enteré, porque la próxima conferencia la daré yo, es la fundación del Movimiento 26 de Julio. Quiero sólo subrayar, apuntando lo que dice el compañero, la excelente intervención de Martha, la excelente intervención del compañero. Lo que más me instó después de incorporarme al movimiento iniciado por Fidel fue, lo concreto en dos frases, quien no haya leído a Lenin es un ignorante, lo dijo Fidel con esa genialidad y esa habilidad que lo caracteriza, porque no dijo que era leninista, pero como lo acusaban por los

libros que habían encontrado en el apartamento de Abel Santamaría, quien no haya leído a Lenin es un ignorante y les confieso que yo que conocí a Lenin sabía demás, ya a esta hora era abogado y nos ponían a leer estas cosas, me puse a leer mas profundamente a Lenin después que Fidel, porque no me gustaba ser un ignorante en política y otra frase que dijo Martha aquí y que la dijo en *La historia me absolverá*, es: Martí es el autor intelectual; nosotros tenemos dos elementos clave del Moncada que quiero subrayarlo antes de terminar, la defensa de la juridicidad y la ética, esos dos elementos claves que merecen la pena un debate fuerte, porque esta revolución podía haber sido distinta y se podía haber hecho el socialismo, pero sería otra; esta revolución, nació de los jurídicos y de la defensa de la ética. Tuve el inmenso honor de pronunciar unas palabras en un discurso el 27 de noviembre de 1955, que creo que fue después de la salida de Fidel de la cárcel y después de fundado el Movimiento 26, que lo traeré aquí cuando hable de la fundación del Movimiento 26 de Julio.

Efectivamente, ya se ha dicho aquí, está el papel de la juventud ortodoxa y está el papel de los estudiantes, el genio de Fidel, que consiste en haber sabido interpretar, recrear e incrementar la tradición histórica de la nación cubana; para que no haya equivocación en esto, los genios no surgen fuera de épocas, fuera de tiempo, distintos, no son obras del azar, no son obras exclusivamente de un capricho. Porque supo interpretar la línea insurreccional y la línea de masas y saber que la línea insurreccional y la línea de masas pasaban por algo como el Asalto al Cuartel Moncada, ahí está le esencia inicial del genio de Fidel que era también una figura política como aquí se ha dicho, conocida. Valdría la pena después hacer un análisis de los procesos insurreccionales en otros países donde no ocurrieron todas estas circunstancias y por eso no triunfaron, es lo que yo quería decir y yo me despido de ustedes; yo tendré preparada una intervención sobre la fundación del Movimiento 26 de Julio. Creo que fue en junio de 1955, cuando Fidel salió de la cárcel y hablara de estos antecedentes de universitarios como aquí se ha dicho, estudiantiles, y antecedentes en la historia

de Cuba y en la historia de las ideas como lo conecta aquella frase histórica de Fidel que yo pido que los compañeros, los jóvenes recuerden bien: quien no haya leído a Lenin es un ignorante. Muchas Gracias.

Martha Rojas: En relación con la Universidad quiero puntualizar varias cosas muy breves, es inmenso lo que hay que hablar de la Universidad desde la época de Fidel, estudiante universitario, la defensa que hizo de los símbolos de la patria, empezando por la campaña de La Demajagua; inmensidad de cosas que hizo en la Universidad. Ahora, hay algo muy importante vinculado con el Moncada que no se puede obviar, en el año 1953 ocurre lo de Mella, es decir, le echan chapapote al busto de Mella, lo mancillan, hay una manifestación, cae herido Rubén Batista, estudiante universitario, creo que de Ingeniería o de Arquitectura; estuvo muy grave durante mucho tiempo en la clínica del estudiante en el hospital Calixto García. Estudiantes de cualquier lugar, incluyéndonos, íbamos allí a ver cómo estaba, era una movilización espontánea y general de estudiantes y jóvenes. Dentro de esos jóvenes llegó uno de Santiago de Cuba, no fue el único, pero llegó ese de Santiago de Cuba que se llamó Renato Guitart; tuvo una posición en el Moncada, fue el único santiaguero residente en Santiago de Cuba que formó parte de la dirección de ese movimiento; conoce a Fidel junto a la cama donde está yacente Rubén Batista. Él tenía ideas revolucionarias en Santiago, pero estaba un poco ilusionado con que iban a recibir armas de aquí, de allá, era un joven de la burguesía santiaguera, el padre armador de buques y él trabajaba en su oficina. Cuando regresó a Santiago le dijo a su padre, yo sé quién va a dirigir la revolución, se llama Fidel Castro, y a partir de ahí Renato Guitart se convirtió en la persona de absoluta confianza para buscar la granja de pollos donde estarían Tizol, Abel y los demás.

Eso ocurrió en la clínica universitaria y por la muerte de un universitario. En cuanto a la manifestación de las antorchas, 27 por la noche y el 28 una segunda manifestación al Parque Central. Algo interesante que me dirían después Haydée Santamaría y Melba Hernández es que Fidel y Abel determinaron que un grupo de los

jóvenes que serían moncadistas, que no tenían nombre entonces, llevaran una antorcha con un clavo atravesado por si la policía atacaba, herirlos; es decir, que iban en esa posición de combate, jóvenes como tú, o como todos los jóvenes modestos que se incorporaron en el Moncada.

La otra manifestación, 28 de enero, la recuerdo como si fuera hoy, porque también como muchos jóvenes y gente del pueblo iba al Parque Martí y cerca de la Beneficencia había un grupo compacto que incluso los que iban por la libre, para decirlo con palabras de hoy, ni nos dábamos cuenta; era el bloque de 1000 y pico de jóvenes, que Fidel lo dice en *La historia me absolverá*, estaban preparados, pero que por supuesto, todos no alcanzaron armas para el asalto al Moncada.

Publiqué hace un tiempo, no me acuerdo ahora, una de las cosas que ocurrieron el 26 de julio a partir de un juicio al cual asistí como periodista, que fueron presos varios jóvenes, ente ellos Alfredo Guevara, porque era amigo de Fidel y porque sabía la dirección de Raúl Castro y otros compañeros que vivían en casa de huéspedes y lo persiguieron por una libreta de direcciones que se le perdió a otro compañero y le hicieron un juicio. Lo que ocurrió es que había pasado la atmósfera y habían sido tantos los crímenes que no fueron tan violentos y el doctor Corona fue el que los defendió; pasaron infinidad de cosas, nosotros nos limitamos a esto porque el compañero Nuiry habló, según tú me explicaste sobre la Universidad de La Habana y sobre el movimiento estudiantil. Muchas gracias.

Alicia Gómez: Soy miembro de la Asociación de Combatientes de la Revolución Cubana, universitaria, me gradué en el año 67 de la especialidad de Historia. Para mí ha sido un tremendo placer estar esta mañana aquí y escuchar a Martha porque al Moncada nos ligan, quizás por desgracia, yo diría por suerte, cosas muy profundas, mi padre y el padre de Raúl Gómez García eran hermanos, por tanto Raúl y yo éramos primos hermanos. En el año 53 cuando Raúl sale para el Moncada vivía en la casa de *Juan Bruno Zayas* no.8 y nosotros, mi madre y yo —mi padre había muerto ya

en aquella época— vivíamos en esta casa de *Juan Bruno Zayas*, por lo tanto vivimos los acontecimientos que allí ocurrieron. Esa casa tuvo su particularidad, allí se editaba en un mimeógrafo en un cuarto, de criados, arriba, el periódico *El Acusador* y realmente aquella casa para nosotros significa mucho.

Raúl, como decía, salió de allí para el Moncada y verdaderamente yo era una niña, tendría unos 12 o 13 años en aquella época y lo recuerdo perfectamente bien, cómo jugábamos pin pon en la mesa que había en el portal; en fin no era eso solo lo que quería decirles, lo más importante era corroborar algo que dijo Martha muy importante y es el hecho del asesinato que se cometió con estos jóvenes que asaltaron el Moncada. Unos días después del Asalto al Cuartel Moncada, a la casa de *Juan Bruno Zayas* no. 8 llegó una carta que hoy se encuentra en el Museo de la Revolución y que decía, un pequeño papel de libreta que decía: “Caí preso, tu hijo”, solamente eso, así en mi casa se supo que en aquel momento cuando salió aquella cartica de Santiago de Cuba, Raúl estaba preso, sin embargo, Martha sabe porque hay fotos en el Museo de la Revolución (perdona que te interrumpa, hay un libro que se llama *El que debe vivir*, premio testimonio de la Casa de las Américas en el que se relata todo el combate del hospital; lo que ella dice es exactamente así. Yo entrevisté al enfermero en la carbonera, Raúl Gómez García puso las palabras en un papelito, “Caí preso, tu hijo”, y otra cosa importante que es la defensa de Fidel de la unidad, Raúl Gómez García y Montané, tenían el periódico *Son los mismos*, cuando dijeron vamos a unirnos, no vamos a actuar dispersos, se fundó con ellos dos y el resto de los compañeros *El Acusador*), gracias, Martha.

Para terminar, te podrás imaginar desde el punto de vista familiar, los acontecimientos, los hechos, la situación que vivimos mi familia y yo. Dicho sea de paso, era una familia como diríamos muy familiar. Cuando yo supe que Martha venía hoy a hacer esta intervención, releí por tercera, cuarta o 20 veces este libro; este libro se llama *La Generación del Centenario en el Moncada* (se trata, igual de *El juicio del Moncada*) y me acompaña desde el

año 65 en que fue editado. Yo quisiera pedirle hoy a Martha, si ella fuera tan amable, que me firmara este libro, porque este libro recoge la realidad de la Revolución Cubana antes de su triunfo, recoge todo el juicio; en fin, recoge toda una serie de acontecimientos que muchos de ellos Martha ha mencionado hoy, otros por tiempo, por modestia quizás, ella no los ha dicho, así que quería decirles esto porque realmente para mí ha sido una mañana triste, evocadora, pero a la vez, llena de esperanza, llena de amor y que vamos a recordar siempre en nuestras vidas.

Naty Revuelta: Voy a ser muy breve; primero que nada quiero darle la bienvenida y felicitar a los jóvenes que se han unido a nuestro taller hoy, porque de verdad que eso amplía básicamente el estímulo.

Quiero felicitar a Martha por haber esclarecido una serie de puntos en una exposición que ha hecho muy concisa, muy concreta, muy aclaradora y de verdad que ha sido una cosa muy buena oír a Martha hoy, aparte de que ya la hemos leído bastante. Quería decir otra cosa, siempre estuve agradecida por los padres de Melba que fueron las primeras personas que mencionaron mi vínculo en los días anteriores al Moncada. Yo fui activista ortodoxa desde que se creó la ortodoxia, seguí muy de cerca de Chibás y a todo el movimiento de la ortodoxia, mi familia no era nada política, pero yo sí era muy apasionada de las reformas que planteaba la ortodoxia, de independencia política, justicia social; toda aquella consigna nos parecía, a mi familia en bloque, que había que adecentar las costumbres de la administración pública, ese fue el primer sentimiento. Entonces, por casualidad, después del 10 de marzo en los actos que dirigían los estudiantes de la Universidad, que fueron fundamentalmente los que acá pudieron movilizarnos en masa, empecé a participar en distintas actividades y el 27 de noviembre conocí en la Escalinata de la Universidad en un acto que se hizo allí a los compañeros Boris Luis y a Fidel; nos presentaron y a partir de ahí vino un vínculo, un poco telefónico, de hacer una conexión para ir por casa un día y por fin un día fue Fidel a casa, debe haber sido en el mes de enero del año 53.

A partir de ahí mi casa se convirtió en un punto de reunión, no de todos los compañeros, ni de muchos compañeros; fundamentalmente iban a mi casa a reunirse con mucha asiduidad por la tarde los compañeros Fidel, Boris Luis, Abel y Gildo Fleitas, fueron otros también; en resumen, cuando llegaba del trabajo, a veces ya estaban allí, otras veces yo me sumaba. Bueno, formar parte de aquello, no formo parte, estaba presente en aquellas discusiones previas al asalto y con el tiempo, como dos veces, se me encomendó adquirir toda la música y todo el programa que se iba a poner en la Cadena Oriental de Radio cuando se hiciera la acción en Santiago de Cuba, cosa que yo naturalmente manejaba con aquel pequeñísimo grupo. No sé quiénes más lo conocían, pero yo sé que eso se habla en mi casa; se habla de la posibilidad de atacar otros cuarteles, el de Pinar del Río fundamentalmente y el de Holguín y entonces se decidió por el de Santiago de Cuba para contrarrestar la fuerza del tercio táctico de Holguín hasta Santiago de Cuba. Yo estaba en el trabajo, de mi clase de francés, mi adquisición de música; oí mucha música porque Fidel me dijo: cuando pasemos la música por la estación de radio de Santiago de Cuba, tiene que ser música de arenga, tiene que ser una música que estimule y no puede ser música alegre porque probablemente habrá muertos, aunque contamos con el elemento sorpresa.

Estuve como tres veces comprando la música, también me dijo el Himno Invasor, el último aldabonazo de Chibás, por supuesto, el Himno Nacional se lo querían llevar, todo esa se lo entregué a Gildo que lo llevó para *Consulado* no. 9, de donde salió dos días antes del asalto hacia Santiago de Cuba y fue ocupada toda esa música; fue agrupada en la Granjita. Antes de irse el compañero Fidel me pidió que reprodujera el manifiesto de la nación, que era el manifiesto, de la Generación del Centenario que había redactado el compañero Raúl Gómez García; eso lo narra en un pequeño artículo de la revista de la Biblioteca Nacional, la anterior a esta última en la que Martha tiene un artículo excelente también sobre el Moncada. Hice mi selección, hice la reproducción del manifiesto; Fidel, antes de partir para Oriente,

pasó por mi casa a recoger una copia y el original de aquel manifiesto que estaba manuscrito originalmente y entonces me dijo: Yeyé y Melba deben regresar mañana, les dices que se pongan en contacto contigo para que distribuyan el manifiesto y lo repartan entre las tres; yo le dije, ¿a quiénes Fidel?, a cuanto político o periodista tú conozcas, fundamentalmente conocido, para evitar problemas de malos entendidos, ustedes se lo reparten y cada una llevará tres a algún lugar distinto, deben salir de la casa nunca antes de las 5 a.m. porque esto hay que hacerlo sincronizadamente con el Asalto al Cuartel Moncada que es a esa hora. Entonces, llegada la madrugada del 26 de julio, Yeyé y Melba por supuesto no iban a regresar porque plantearon participar en la acción en Santiago; entonces me levanté a las 3 a.m. me empecé a vestir y me fui a la calle a las 5 y cuarto en punto a distribuir el manifiesto a la nación, que por suerte pienso que sea la mayor razón por la cual haya podido ser conocido. Me da pena hablar de mí, pero me parece que es interesante todo esto. Ya lo he puesto por escrito, pero hoy lo digo con mucho orgullo porque hay mucha gente joven oyendo; mis amigos, mis compañeros me conocen, me quiero presentar un poquito a los jóvenes.

Enrique Oltuski: Cuando la compañera Martha, está demás que diga que es brillante, dice que las cosas en vivo llegan más, en los preámbulos que ella hace se le olvida hablar del movimiento de García Bárcena y la compañera Eva Jiménez, cuando ella habla de sus inicios, eso es lo que yo quería aclarar, habrá otros compañeros que puedan hablar de eso.

Eso lo veremos seguramente en la presentación de Hart, ahora en diciembre; yo quiero hacer dos cosas: una, pedirle al rector Vela que también nos dé su opinión sobre lo que está ocurriendo: la presencia de los jóvenes aquí y después de él, algunos de los muchachos presentes que pida la palabra y nos dé su impresión de qué le ha parecido este taller de hoy y los futuros y si estamos cumpliendo, a juicio de ustedes, el objetivo de trasladarle, pudiéramos decir en vivo, la historia de hace ya 55 años por lo menos y más; Martha, por favor, aquí tienes el micrófono.

Martha Rojas: Quería decir algo sobre Celia Sánchez que no quiero que se pase por alto en este momento. Dos o tres años antes de morir yo estaba en la redacción de *Granma*, ella llegó y me dijo: te voy a decir algo muy interesante sobre *La historia me absolverá*. Le pregunto qué es, ella dice, acabo de despedir en el aeropuerto al millonario Arcas —el millonario Arcas era un terrateniente de la zona de Manzanillo, cultivador de arroz—, él quiso venir antes de morir a Cuba; Fidel me dijo que sí, que yo lo acompañara y ya en la escalerilla del avión, me dijo: Celia, tú me engañaste; yo te di 500 pesos en una oportunidad, tanto en otra oportunidad. Cuando triunfó la Revolución me nacionalizaron las tierras, y yo te quería porque tu papá era mi médico. Y Celia que era una personalidad extraordinaria, es una lástima que los jóvenes no la conocieran, le dijo: Arcas pero yo le entregué un folleto, el discurso de Fidel; sí, pero ahí decía que íbamos a erradicar el latifundio. Entonces contesta: chica, eso hasta los partidos políticos lo decían, y ella responde: ¡ah!, pero es que Fidel cumple lo que dice.

Juan Vela: Enrique, yo lo que quería era, primero reiterar lo que han hecho estos compañeros y las felicitaciones a Martha; creo que ha sido muy amena, muy acuciosa, muy precisa cuando habla de las horas, de las personas, de los individuos, a la hora que llegó a la conferencia de prensa, cuándo fue, quiénes eran los participantes, las preguntas que se hicieron. Haber oído a Genaro, que es uno de los asaltantes del Moncada, que quizás en otro momento me dijera qué parte fue donde él estuvo en fin, su visión. Sabemos que cada combatiente tiene la visión de su momento, del lugar donde estuvo; en fin, oír también lo que han dicho aquí Naty, Alicia; ha sido realmente impresionante la mañana de hoy, uno se ha emocionado y yo pienso que los estudiantes también.

Todos ustedes son estudiantes de Historia, ¿no?, a ver, de qué son estudiantes: de Derecho, Contabilidad, Geografía, ¡qué bien!, Filosofía; yo pienso que ustedes han tenido la oportunidad de conocer de primera mano a protagonistas de los hechos, eso es un privilegio, un privilegio que tienen pocos estudiantes, porque Martha, aunque quiera, no puede ir por todas las universidades del país,

muchos de los protagonistas de los principales hechos, radican aquí en la Ciudad de La Habana. El haber podido escuchar a una persona que haya estado en el Moncada ese día, que haya podido estar en el juicio en la sala del tribunal, que haya estado en el juicio en el hospitalito, o sea, ustedes se lo podrán transmitir después a sus hijos, a las familias, porque es conocer de viva voz, no solamente una interpretación que puede tener un profesor o una interpretación que pueda tener un estudioso, o uno que vio los libros en un archivo y que siempre es una segunda o tercera lectura, sino la primera lectura, la fuente original; ustedes han tenido esa oportunidad o la hemos tenido todos, no solamente ustedes, todos los que hemos estado aquí.

Pienso que el próximo encuentro que tendremos el 17 de diciembre también aquí, será otra oportunidad única de saber la fundación del Movimiento 26 de Julio, por uno de los protagonistas que estuvo en ese momento ahí, en esa reunión y lo que dijo Fidel y lo que dijo el otro; o sea, no se lo van a contar a ustedes, no van que tener que ir a un archivo, sino que lo van a ver con los matices de cada cual, con los matices que pasan por la subjetividad de cada persona; un hecho objetivo, como lo percibe cada cual. A veces una misma cosa uno la percibe de una manera, otros la perciben de otra.

Decirles eso, que sepan aprovechar, que al próximo también vengan. Ya yo he invitado a los muchachos de Historia. Agradecerle a Martha, a Silvia, a Níco, no sé a cuántos profesores, no solamente a ustedes. Estaba hablando con Martha sobre los estudiantes de Derecho que están aquí. Yo quisiera una presentación de ella también en la Facultad de Derecho, en el Anfiteatro, con más estudiantes de Derecho sobre el juicio del Moncada; la cosa legal del Moncada, porque es una experiencia muy importante. Dónde se sentaron los tribunales, lo que eran los estatutos, en qué consistía eso, explicándolo ella, que es periodista, escritora, novelista. En fin, una mujer que tiene una vasta obra escrita, no solamente en reportajes, también como corresponsal de guerra —me acuerdo de unos trabajos sobre Viet Nam—. O sea, ella ha estado dondequiera que ha habido una cosa importante en esta etapa.

Enrique Oltuski: Muchas gracias, de verdad que lo que has expresado refleja lo que todos sentimos; aquí están en las sillas delanteras muchos participantes de la lucha insurreccional tanto en el Llano como en la Sierra, pero todos muy preocupados por poder trasladar a ustedes las razones y los hechos de por qué nosotros, los jóvenes de aquellos tiempos que teníamos mas o menos la misma edad que tienen ustedes, por qué hicimos lo que hicimos y estamos confiados en que ese espíritu será heredado por ustedes que son los que van a continuar la Revolución.